
HARLEQUIN
Bianca
EN EL CORAZÓN
ARLENE JAMES

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

En el corazón, n.º 1292 - agosto 2016
Título original: So Dear to My Heart
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-8723-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

WINSTON pisó el freno en cuanto vio la cerca de los Thacker. La desvencijada furgoneta dio un salto hacia delante y él miró con preocupación al perro, un collie que tenía las patas apoyadas en la ventanilla. ¿Sabría que volvía a casa? Seguro que sí. El animal, de largo pelo marrón y negro con las orejas blancas, era más listo de lo normal. Seguramente por eso su hijo se había enamorado de él.

El niño había tomado un gran afecto al simpático collie desde que Dorinda Thacker le pidió que lo cuidaran durante unos meses, mientras ella iba a Texas para visitar a su hermana. Ninguno de los perros del rancho Champlain había inspirado tanta devoción en Jamesy, pero Twig era de los Thacker y Dorinda había vuelto, de modo que tenía que regresar con su dueña.

En los llanos de Wyoming, un buen perro pastor era un tesoro, no solo para reunir al ganado, sino como compañía, para espantar a los coyotes y, en el caso de Twig, para pedir ayuda si era necesario. Cualquiera que viviera solo en aquel inmenso y solitario valle necesitaba un perro. Era una pena que la propietaria de aquel fuera Dorinda y no su hijo.

Pero con ella de vuelta en casa, al menos podría recuperar el ganado que su ex marido, Bud, le había robado. Aunque no tenía intención de darle la orden de restitución inmediatamente. Después de lo que había tenido que soportar: perder sus ahorros, la vergüenza de que Bud hubiera robado ganado a los vecinos, el juicio y, por supuesto, el divorcio… la pobre mujer merecía estar tranquila algún tiempo antes de tener que devolver sus cuarenta cabezas de ganado. Era injusto que tuviera que devolverlo ella, pero esa era la sentencia que había dictado el tribunal de Rawlins.

Dorinda debería haber vuelto de Texas en primavera, pero estaban en julio y nadie conocía las razones de la demora. En cualquier caso, Winston había esperado mucho para recuperar su ganado y no le importaba esperar unos meses más.

El perro era otro asunto.

Cuando miró hacia la casa, se le encogió el estómago. Dorinda lo hacía sentir incómodo. Debido a su experiencia personal, no le hacían gracia las mujeres casadas a las que gusta coquetear con hombres que no son sus maridos.

Pero Dorinda le caía bien. Incluso después de haber tenido que soportar todo lo que soportó con Bud, seguía siendo una mujer alegre y divertida. Y muy atractiva. Aunque no se podía confiar en ella. Era demasiado… irresponsable.

Mientras tomaba el camino de tierra que llevaba a la casa, pensó en su vecina: de mediana estatura y con buenas curvas, Dorinda Thacker tenía enormes ojos castaños, el rostro ovalado y una larga melena oscura. Llevaba mucho maquillaje, en su opinión, y se ponía vaqueros demasiado estrechos, pero tenía una sonrisa preciosa.

Lo que no le gustaba era que hubiese mostrado claramente su interés por él antes de divorciarse de Bud. Quizá todo lo que había pasado la habría hecho reflexionar. Eso esperaba. Seis años sin esposa eran muchos años para un hombre y últimamente la soledad empezaba a pesarle. Tanto que la noche anterior, inquieto, salió a conducir un rato. Y entonces vio luz en su casa. La había llamado por la mañana para decir que iría a llevarle a Twig, pero el teléfono seguía desconectado.

Su furgoneta roja estaba frente al porche y, después de aparcar, Winston acarició la cabezota del perro, que lo miraba con sus ojos de color canela. Entendía que Jamesy se hubiera enamorado de aquel precioso animal.

–Ya estás de vuelta en casa, amiguito. Vamos a echarte de menos, pero Dorinda te necesita. Tienes que cuidar de ella.

El perro bostezó, como diciendo «conozco muy bien mis obligaciones y no necesito que me las recuerde un tonto vaquero como tú». Sonriendo, Winston sacó un hueso del bolsillo y Twig lo aceptó moviendo alegremente la peluda cola.

Un segundo después, estaban los dos en el porche.

–¡Abre, Dorinda! Soy Winston Champlain.

Sorprendentemente, Twig empezó a gruñir al escuchar pasos. Él lo miró, perplejo. ¿Por qué gruñía a su dueña?

–¿Qué quieres? –escuchó una voz femenina.

Cuando Winston vio a la mujer, se quedó helado. Estaba mucho más delgada que antes y solo llevaba una camiseta que dejaba al

descubierto un par de largas y torneadas piernas. Iba sin maquillar y parecía más delicada y vulnerable que nunca. Pero lo que más le sorprendió fue el pelo corto. La larga melena se había transformado en un corte casi de chico, que destacaba los grandes ojos castaños, y unos labios tan generosos que parecían estar pidiendo a gritos que la besaran.

–Vaya, estás muy guapa, Dorinda.

Y entonces, sin decir nada, Dorinda Thacker le dio con la puerta en las narices.

Winston tardó casi un minuto en reaccionar. No tenía sentido, a menos que… a menos que supiera lo de la orden de restitución. Eso lo puso furioso. Llevaba meses esperando. El resto de los rancheros afectados por los robos de Bud habían recibido una compensación y él no pensaba quedarse sin sus cuarenta cabezas de ganado. Le daba pena por ella, pero la ley decía que Dorinda, que había recibido el rancho como compensación en el divorcio, tenía que devolverle sus vacas. Todas y cada una de ellas. Bud no podía hacerlo desde la cárcel, de modo que era Dorinda quien tenía que pagar la deuda.

Winston bajó los escalones del porche y Twig lo siguió. Mejor, porque no pensaba dejarlo allí. El animal lanzó una especie de gemido cuando se alejaban de la casa.

–Te entiendo muy bien. Pero no te preocupes, esta guerra solo acaba de empezar.

Danica cerró los ojos. Tenía un horrible dolor de cabeza, algo que no podía quitarse de encima desde la muerte de su querida hermana. Incluso entonces, dos meses después, seguía sin creer que Dorinda hubiera muerto.

Los tres años anteriores habían sido una catástrofe tras otra para Dori y para ella.

Primero su hermana conoció a Bud y, a pesar de sus advertencias, se casó con él. Después, se mudaron a Wyoming y Danica tuvo que pagar sola el alquiler de un apartamento que había compartido con su hermana durante años.

Para rematar la faena, el pediatra para el que trabajaba como enfermera, había tomado como socio nada menos que al mujeriego de su ex marido, Michael. Bud terminó en la cárcel por robar

ganado a sus vecinos y, después del divorcio, Dorinda volvió a Dallas para decidir qué iba a hacer con su vida.

Y cuando iban de vuelta al rancho, aquel terrible accidente…

Desde luego, tres años terribles.

Danica se decía a sí misma que una mujer con menos carácter se habría hundido, pero ella no. Sin embargo, su reacción ante la presencia de Winston Champlain era la prueba de que empezaba a perder el control. Aunque, en cierto modo, era justificable.

Durante meses, Dorinda le había hablado de su irresistible vecino. Según ella, mantenían una «relación muy especial», incluso antes de divorciarse de Bud.

A pesar del evidente interés que sentía por Champlain, Danica la había convencido de que vendiera el rancho. Pero cuando volvían a Wyoming en su coche porque la furgoneta de Dorinda estaba averiada, un camión se les echó encima.

Ella se despertó en el hospital, sin un rasguño, y entonces le dieron la noticia: su hermana, la persona a la que más quería en el mundo, había muerto en el accidente.

Durante meses, Danica no encontró consuelo. Las palabras de ánimo de sus amigos la ponían furiosa y no podía soportar a nadie. Angustiada, pidió un mes de excedencia en la clínica y decidió marcharse a Wyoming para buscar un poco de paz. De ese modo podría, además, vender el rancho.

Llevaba allí un par de días sin hablar con nadie y sin hacer nada más que dormir y mirar hacia el horizonte. Pero no encontraba paz. Ni dentro ni fuera de sí misma.

La única persona a la que había visto era Winston Champlain. Precisamente él.

Qué ironía.

Su hermana no había exagerado nada. Winston debía medir un metro noventa, tenía una constitución atlética y el pelo, por lo que había podido ver debajo del sombrero, de color castaño. La nariz recta, los labios bien definidos y unos ojos claros, grises o azules.

Era un hombre tremendamente atractivo y entendía que su hermana hubiera estado loca por él. Además, con lo que había pasado la pobre, debió resultarle muy fácil convencerla para que se acostara con él. Y, evidentemente, el canalla había vuelto para seguir disfrutando de su aventura.

Debería haberle dicho quién era, pero se quedó tan sorprendida al verlo que no pudo decir nada. Dorinda lo había descrito con tal precisión que era casi como si lo conociera. Además, oír el nombre de su hermana en los labios de aquel hombre le había roto el corazón.

Pero después de darle con la puerta en las narices, se había puesto a llorar como una niña.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero tenía el estómago vacío. La nevera estaba desconectada, pero su hermana tenía muchas latas en la despensa. Desgraciadamente, sin microondas y con el horno estropeado, no le quedaba más remedio que tomar la comida fría. Pero, al menos, había electricidad, y, por lo tanto, agua caliente.

Danica sacó una lata de la despensa. Maíz. Ella odiaba el maíz. Después de abrir la lata, echó el contenido en un plato y se sentó a la mesa para comer. Pero entonces, un golpe en la puerta hizo que se volviera, sobresaltada.

–¡Abre ahora mismo! –oyó la voz de Winston Champlain.

¿Cómo se atrevía a presentarse en su casa después de que le hubiera dado con la puerta en las narices? Aquel hombre no tenía vergüenza.

–¡Fuera de aquí!

–¡Ni lo sueñes!

–¡No tengo interés en hablar contigo…!

Champlain tuvo la cara de abrir y presentarse delante de ella con un papel en la mano. La próxima vez cerraría con cerrojo, se dijo Danica, furiosa.

–Quería ser paciente, pero pienso recuperar mi ganado de una forma o de otra. ¡Esto es para ti, de parte del juez!

–Vete de aquí, Champlain.

–Ah, muy bien. Yo pensaba que tú no eras como Bud, pero veo que también eres una ladrona.

–¿Qué?

–Me faltan cuarenta cabezas de ganado y tienes que devolvérmelas.

¿Cuarenta cabezas de ganado? ¿De qué estaba hablando aquel hombre?

–¿Y de dónde voy a sacar cuarenta cabezas de ganado?

–De las tuyas, por supuesto.

Entonces entendió. Al ser la única heredera de Dorinda, el rancho era suyo.

–Pero… yo no sé si tengo cuarenta cabezas de ganado.

–Pues tendrás que buscarlas donde sea, ¿no? –le espetó él, tirando el papel sobre la mesa–. Léelo y entérate, Dorinda.

Danica dejó escapar un suspiro.

–Yo no soy Dorinda.

Winston la miró, incrédulo.

–¿Esperas que me crea eso?

–Tuvimos un accidente de coche. Yo… –empezó a decir ella, poniéndose la mano en el pecho– no sabía nada de esto.

–No te entiendo.

–Dorinda y yo tuvimos un accidente de coche hace dos meses. Cuando veníamos para acá.

–Un accidente –repitió él, perplejo.

–Yo soy su hermana, Danica Lynch.

De repente, Winston pareció entender.

–¿Su hermana gemela?

–Sí.

–Y Dorinda ha tenido un accidente.

–Eso es.

Él se quitó el sombrero, como señal de respeto.

–Lo siento, no lo sabía. ¿Cómo está?

Danica intentó decírselo, pero no podía hacerlo. Tenía un nudo en la garganta.

–Pues…

–¿No me digas que ha muerto?

Esa horrible palabra. Esa horrible y espeluznante palabra. Muerta. El dolor era tal que apenas podía mantenerse en pie y, de repente, se vio apretada contra un ancho torso masculino.

–Lo siento muchísimo. No tenía ni idea. Perdóname, por favor. Entro aquí como un loco acusándote de ser una ladrona cuando tú no sabías de qué estaba hablando… Lo siento mucho, de verdad.

Danica cerró los ojos. Entre los brazos de aquel hombre, por primera vez, sentía que quizá algún día todo volvería a estar bien, que su pena iba a encontrar consuelo. Algún día.

–Debería habértelo dicho antes –murmuró, con los ojos llenos de

lágrimas–. Pero es que me conmocionó oír que me llamabas por su nombre.

–Lo siento mucho. Pero es que os parecéis tanto…

–Somos gemelas idénticas. ¿No lo sabías?

–No lo sabía –dijo Winston, acariciando su pelo–. Pero eres tan guapa como ella.

Danica levantó la cara para darle las gracias por el cumplido y al ver el brillo en los ojos del hombre, se apartó. Aunque no sabía por qué.

–Yo… bueno….

–¿Te encuentras bien?

–Sí… no. No me encuentro muy bien.

–Quizá deberías tumbarte un rato.

–Me duele la cabeza. Pero se me pasará.

–Bueno, me marcho –dijo él, dándole vueltas al sombrero. Era un gesto tierno, casi de niño–. Ya hablaremos en otro momento sobre la restitución de ganado. Si necesitas algo…

–No, gracias. No necesito nada.

–De todas formas, si quieres algo, vivimos aquí cerca. Mis padres le tenían cariño a Dorinda, sobre todo mi madre. Si quieres que te ayude a limpiar la casa…

Danica miró alrededor y se dio cuenta por primera vez de que la basura estaba hasta los topes y el fregadero lleno de platos sucios.

–Muy amable, pero lo haré yo. Es que me dolía mucho la cabeza…

–Deberías tomar un analgésico.

–Lo sé. Soy enfermera –intentó sonreír ella.

–¿Ah, sí?

–Sí.

–Bueno, me voy. Mañana me pasaré por aquí otra vez.

–No hace falta, de verdad. Estoy bien.

–No me molesta –sonrió Winston, abriendo la puerta–. Para eso están los vecinos.

«Vecinos». Danica cerró los ojos. Algo le decía que Winston Champlain iba a ser un problema para ella como lo había sido para su hermana. Aunque en otro sentido, desde luego. Ella no iba a enamorarse. Conocía demasiado bien a los hombres como él.

–Es hora de empezar a moverse. Nada de llorar durante horas y

horas –murmuró, secándose las lágrimas de un manotazo.

Y nada de pensar en el guapísimo Winston Champlain.

Había aprendido la lección con su ex marido. Y con el ex marido de su hermana. Los dos eran unos mentirosos. Michael no le había robado nada a nadie, pero había hecho el papel de marido devoto mientras se acostaba con la mitad de las enfermeras de Dallas.

Winston Champlain era tan atractivo como Michael. Y había tenido una aventura con Dorinda.

Danica frunció el ceño. Había tenido una relación con su hermana, pero al recibir la noticia de su muerte se portó como si no fuera nada suyo.

Sin duda, para él fue algo sin importancia. Siempre son las mujeres las que invierten más en una relación.

Pero ella no. A ella le daba igual Winston Champlain, por muy guapo que fuera. Aunque oliese a una maravillosa combinación de tabaco, cuero, menta y algo que no podía definir.

Y tampoco le importaba haberse sentido segura entre sus brazos.

Respirando profundamente, Danica tomó una esponja y empezó a fregar los platos como si le fuera la vida en ello.

Capítulo 2

NO PASA nada, Twig –estaba diciendo Jamesy, mientras acariciaba la cabeza del animal–. Iré a verte siempre que pueda. Te lo prometo.

Winston suspiró. Afortunadamente, el niño había entendido que, aunque Dorinda ya no estaba, Twig le pertenecía a su hermana. Jamesy había insistido en ir con él para decirle personalmente a la señorita Lynch cómo debía cuidar del collie.

Habría sido más fácil ir solo, pero entendía que le resultase duro desprenderse de su nuevo amigo. Y esperaba que Danica agradeciese el esfuerzo de su hijo.

Winston subió por el camino de tierra y aparcó la furgoneta donde la había aparcado el día anterior.

Jamesy levantó la cara para poder ver por debajo del ala del sombrero. Era demasiado grande para él y estaba lleno de manchas, pero se negaba a usar otro. Winston siempre había pensado que aquel sombrero le daba un aire patético y la tristeza por tener que desprenderse de Twig aumentaba la expresión triste de su hijo. Y eso le rompía el corazón.

–No te preocupes, Jamesy.

–No me preocupo, papá –le prometió el niño, haciéndose el fuerte–. Twig y yo hemos hablado y vamos a seguir siendo amigos. Aunque no vivamos en el mismo sitio.

Winston le puso una mano en el hombro.

–¿Sabes que estoy muy orgulloso de ti?

Jamesy sonrió con timidez. Cuando salieron de la furgoneta, niño y perro caminaron detrás de él hasta el porche.

–Y esta vez, no gruñas –le advirtió Winston al collie.

Su hijo abrazó al animal, como para intentar controlarlo mientras él llamaba a la puerta. Como Danica no abrió inmediatamente, Winston miró su reloj. Eran las ocho de la mañana, pero no había podido llamar porque seguía sin línea. Por fin, la puerta se abrió.

–Supongo que vienes a hablar de la orden de restitución. La leí anoche –dijo ella, a modo de saludo.

–Pues… la verdad es que Jamesy y yo habíamos venido para traer al perro.

–¿Qué perro?

–Este perro –sonrió Winston, señalando a Twig.

Danica llevaba un pantalón de deporte y una camiseta tan arrugada que seguro que le había servido de pijama.

–No lo conozco.

–Se llama Twig –dijo Jamesy, acariciando al animal–. Es un perro muy bueno.

Mientras hablaba, Twig le lamía la cara, contento.

–Me alegro mucho. Pero no es mío.

–Era de Dorinda –explicó Winston–. Twig es uno de los mejores pastores que hay por aquí. Tu hermana nos lo dejó para que cuidásemos de él mientras estaba en Texas.

–¿Y por qué no os quedáis con él? El perro no es mío.

–Pero era de Dorinda –insistió Winston–. Así que ahora es tuyo.

–Yo no lo quiero. Puedes quedártelo.

–¿De verdad? –exclamó Jamesy–. Papá, ¿puedo quedármelo?

Él dejó escapar un suspiro.

–No, hijo, no puedes quedártelo. La señorita Lynch no sabe lo que dice.

–¿Cómo que no? Yo no quiero un perro.

–No es solo un «perro». Es un pastor bien entrenado. Y es tuyo.

Danica se cruzó de brazos.

–Pues no pienso quedármelo. Llévatelo.

–No puedo hacerlo –protestó Winston–. Además, ni siquiera tienes teléfono.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Oye, no seas cabezota…

–Ah, yo soy la cabezota, ¿no? Pues si vas a insultarme, agradecería que te fueras de mi casa y te llevaras a tu perro.

–¡No es mi perro!

–¿Puedo quedármelo, papá? –insistió Jamesy.

Winston observó al niño y a Twig, que miraba a Danica con cara de malas pulgas.

–Yo no lo quiero –repitió ella, bajando el tono de voz–. Por mí,

puedes quedártelo. Además, no pienso estar aquí mucho tiempo.

–Pero necesitas un perro –intentó razonar Winston.

Danica levantó la barbilla, obstinada.

–¿Tú qué sabes lo que necesito?

Él la miró, incrédulo.

–¡Eres insoportable!

Danica señaló la furgoneta con el dedo.

–¡Fuera de mi casa!

–¡Será bruta…!

–¿Qué? ¡Fuera mi casa ahora mismo! ¡Con perro y niño incluido!

Jamesy salió corriendo hacia la furgoneta y Twig lo siguió, encantado. Winston estaba tan furibundo que lo veía todo rojo, pero antes de que pudiera replicar, Danica volvió a darle con la puerta en las narices.

Por un momento consideró darle una patada, pero no quería montar una escena delante del niño y, a regañadientes, se dio la vuelta.

Pero alguien tenía que dejarle las cosas claras a aquella caprichosa. Aunque no le hacía ninguna gracia, tendría que explicarle que no podía vivir en aquel sitio sin un perro. ¿No se daba cuenta de que estaba a media hora del pueblo? ¿Y si le ocurría algo? Twig no podría ayudarla pero, al menos, podría avisar a los vecinos.

Una vez en la furgoneta, se quitó el sombrero, echando humo.

–¿Qué le pasa a esa señora, papá? ¿Es que no le gustan los niños?

Winston suspiró. Iba a tener que explicarle la situación. La madre de Jamesy lo había abandonado cuando tenía dos años y no quería que el comportamiento de su grosera vecina le hiciera más daño.

–No eres tú, hijo. La señorita Lynch está pasando un mal momento. ¿Te has dado cuenta de cómo se parece a Dorinda?

–Sí.

–Es que Dorinda y ella son gemelas idénticas. O más bien, eran. Dorinda murió en un accidente de coche hace un par de meses y por eso la señorita Lynch se comporta de una forma tan rara. Está dolida.

–¿La señora Thacker ha muerto? –preguntó el niño, abriendo

mucho los ojos.

–Me temo que sí.

–Qué pena.

–Pues sí, la verdad.

–A lo mejor la señorita Lynch no quiere encariñarse con Twig por si acaso se lo comen los coyotes.

Winston miró a su hijo. Solo tenía ocho años y era un niño de naturaleza generosa.

–Puede que tengas razón.

–Si ella no quiere a Twig, puedo quedármelo, ¿verdad? No podemos abandonarlo.

–No, claro que no.

Pero mientras arrancaba la furgoneta, tenía la impresión de que no iba a ser tan fácil. Y cuando su hijo lo despertó por la mañana con expresión angustiada, estuvo seguro de que no iba a serlo.

–Al menos, no eres exigente –estaba diciendo Danica mientras observaba al perro comer una lata de carne estofada.

Había aparecido en su casa por la noche. Intentó echarlo, pero cuando abrió la puerta, el animal entró corriendo y se instaló en la alfombra del salón, mordiendo un palo que llevaba en la boca, más contento que unas pascuas.

De modo que lo había dejado pasar la noche allí, pero pensaba llevárselo al niño por la mañana. Aunque encontraba cierto consuelo en tenerlo cerca. Las noches allí eran muy largas y el cariñoso animal le hacía compañía.

Sin embargo, dijeran lo que dijeran los Champlain, no pensaba quedarse con él. Y no entendía el comportamiento de aquel hombre. Si su hijo quería al perro y ella estaba dispuesta a dárselo…

Twig se terminó la lata de estofado y después se sentó, como diciendo: «¿y ahora qué?».

–Ahora voy a llevarte a casa de los Champlain –dijo Danica en voz alta–. Vámonos.

Pero cuando salió al porche, Winston estaba aparcando su vieja furgoneta . Ella lo esperó, de brazos cruzados.

–Ya me imaginaba que estaría aquí.

–Apareció anoche, arañando la puerta.

–Querías volver a tu casa, ¿verdad, Twig? –murmuró él, inclinándose para acariciar al animal.

De repente, Twig se levantó y lanzó un fiero gruñido.

–¿Por qué hace eso? –preguntó Danica.

Winston miró alrededor.

–Debe de haber olido un coyote. Si no hay perros en la casa, a veces se meten en las cocinas. Por eso necesitas un perro para vivir aquí.

–Yo no voy a vivir aquí. Iba a llevártelo ahora mismo.

–Twig es probablemente el mejor perro pastor de la comarca, pero no solo eso. Está entrenado para defender y para buscar ayuda. Una vez, el tío de Bud se cayó del caballo y Twig fue corriendo hasta el pueblo. Le salvó la vida. Cuando Ned murió… este perrillo fue a buscarme.

–Vaya –murmuró Danica, mirando a Twig con respeto–. Eres un chico estupendo.

–Y esta es su casa. Lo ha sido siempre.

La joven lo miró a los ojos.

–A mí me parece que tu hijo lo quiere mucho.

–Así es, pero ya has visto que ha vuelto esta noche. Será por algo.

–Pero él lo cuidaría mejor que yo.

–«Él» se llama Jamesy.

–Jamesy –repitió Danica, impaciente–. Dile a Jamesy que el perro es suyo.

Winston sacudió la cabeza.

–Twig tiene otras ideas.

–Pero yo no quiero quedarme con él, sabiendo que… Jamesy va a echarlo de menos.

–¿Por eso nos echaste de aquí ayer?

–Claro. Pero como me hacías caso…

–No tenías que ser grosera.

–Me pusiste nerviosa.

–Esa no es razón para gritarle a un niño –insistió Winston.

–¡No le estaba gritando al niño, te estaba gritando a ti!

–Jamesy es un niño muy sensible.

–¿Ah, sí? ¿Y es tu hijo?

Él apretó los labios, furioso.

–Eso no tiene ninguna gracia.

Aparentemente, estaban tocando un tema delicado.

–Lo siento.

–Y mi hijo se parece mucho a mí, en caso de que no te hayas dado cuenta.

–Me he dado cuenta –murmuró ella.

–Jamesy no podía ser hijo de nadie más –insistió Winston–. Aunque su madre fuera una insensata.

Danica hizo una mueca. ¿Dónde se había metido?

–Solo quería decir que tú no pareces muy sensible.

Aunque, a juzgar por su reacción, eso no era cierto.

–Su madre lo abandonó y es un niño muy tímido. No me hace ninguna gracia que seas antipática con él.

–Lo siento, no quería hacerle daño. ¿De verdad pensó que lo estaba echando de aquí?

–¿Y qué iba a pensar? Es lo que hiciste. Jamesy es un niño, y un niño cuya madre lo abandonó. El pobre no tiene muy claro el asunto de las mujeres.

–Oh, no… pobre. No sé qué me pasa últimamente. No tengo paciencia con nadie. Pero solo quería que te llevaras al perro. No quería hacerle daño a Jamesy.

Winston se cruzó de brazos.

–¿Y tú dices que yo no soy sensible? Para mi hijo, fue un sacrificio traer a Twig. A pesar del cariño que le tiene, lo trajo porque sabe que necesitas un perro.

Danica tenía su propia opinión al respecto, pero no pensaba discutir en aquel momento. Había sobrevivido a un trágico accidente y estaba segura de que nada peor podría pasarle. ¿Coyotes? ¡Bah! Se los quitaría de en medio de un plumazo.

–¿Qué puedo hacer para compensar a Jamesy?

–Deja que venga a visitar a Twig de vez en cuando.

–¿Solo eso?

–¿Qué quieres, adoptarlo?

Ella levantó los ojos al cielo.

–Dile a Jamesy que puede venir a mi casa cuando quiera. Y que ayer no estaba gritándole a él. Y dile que cuidaré bien de Twig.

Winston Champlain se echó el sombrero hacia atrás, con tal sonrisa de satisfacción que le hubiera gustado darle un puñetazo.

–Si te sirve de ayuda, la verdad es que entiendo que estés enfadada con todo el mundo.

–¿Qué es esto, la consulta del psicólogo? Te advierto que no tengo ganas de hablar.

–Pues deberíamos hablar –replicó Winston–. Al menos, de la orden de restitución.

Danica no tenía ninguna intención de seguir hablando con aquel tipo insoportable.

–Ahora no es el mejor momento. ¿Por qué no hablamos mañana?

–Mañana no puedo. Tendrá que ser esta tarde.

–Vale. Esta tarde.

–¿A las siete?

–A las siete.

–Muy bien –sonrió él–. Cuida de ella, Twig.

Unos minutos después, Winston y su furgoneta desaparecían por el camino y Danica se sentó al lado del perro.

–Parece que, al final, vas a quedarte conmigo. Por ahora –le dijo. Twig la miró, con sus ojitos castaños–. Y será mejor buscar una tienda de comida para perros.

Pero no recordaba haber visto ninguna tienda mientras se dirigía al rancho de su hermana. ¿Tendría que ir hasta Rawlins? Debería haberle preguntado a Winston.

Si no encontraba la tienda, le preguntaría por la tarde. Pero, por el momento, se había librado de él. Winston Champlain le hacía sentir… cosas que no podía explicar.

Pero daba igual. Después de aquella tarde, no tendrían que volver a verse.

Jamesy iría a visitar a Twig y, supuestamente, su padre lo acompañaría, pero ella se buscaría alguna excusa para desaparecer. Y unas semanas más tarde, se habría ido. Una vez vendido el rancho, se marcharía. ¿Pero adónde?

No quería volver a Dallas, pero podría instalarse en cualquier otro sitio. Solo tenía que elegir.

Aunque, por el momento, lo que tenía que hacer era darle de comer a aquel perrucho que la miraba con cara de buena persona.

Capítulo 3

MIENTRAS estaba peinándose frente al espejo, Winston se dio cuenta de que necesitaba un buen corte de pelo. ¿Por qué no le había dicho a su madre que sacara las tijeras?

Impulsivamente, decidió hacerlo en ese momento y empezó a desabrocharse la bien planchada camisa gris. Pero al mirar su reloj, se dio cuenta de que no tenía tiempo. Suspirando ruidosamente, se acercó al espejo para comprobar que estaba bien afeitado y, una vez satisfecho, salió del baño.

Después de ponerse el sombrero nuevo y las botas recién lustradas, bajó a la cocina, el corazón de la casa.

–Me voy –se despidió de todo el mundo.

Cuando se acercó al perchero, vio un vaso con rosas rojas en el alféizar. Mientras se ponía la cazadora de los domingos, se imaginó la cara de Danica si se las llevaba de regalo. Se quedaría sorprendida y lo miraría con buenos ojos…

Qué tontería, se dijo.

–¿Pasa algo, Win?

Winston se dio la vuelta.

–¿Has dicho algo, mamá?

Bajita, regordeta y de pelo gris, Madge era la antítesis de su alto y fibroso marido, Buck Champlain.

–Ha dicho que estás muy guapo –contestó su padre–. Tanto que será fácil convencerla para que te dé lo que es tuyo.

Madge golpeó a su marido con un paño y Winston tragó saliva. Lo habían notado. ¿A dónde iba con las botas y la ropa que solía usar los días de fiesta? No tenía una cita con ella. Iban a hablar de negocios.

–Solo quiero dar buena impresión.

–Me parece muy bien –sonrió Madge.

–Ya, claro –sonrió Buck–. Y si la chica es tan guapa como su hermana…

–Más –dijo entonces Jamesy, con la boca llena de galletas. Sus

abuelos lo miraron, sorprendidos–. Es verdad. Y no se pinta la cara.

Winston pensó que su hijo y él tenían muchas cosas en común.

–¿No lleva maquillaje? –preguntó Madge.

–¿Eso qué es? –preguntó Jamesy.

–La pintura, hijo.

–La señorita Lynch no se pinta como la señora Thacker. Y es muy guapa.

Winston se acercó al fregadero para llenar un vaso de agua. De repente, tenía mucha sed. Quizá debería tomar una cerveza, se dijo. Eso le calmaría los nervios. Aunque no estaba nervioso… no, solo estaba histérico. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntó, secándose las manos en los vaqueros.

Aquello no era una cita, solo habían quedado para hablar de la restitución del ganado. De todas formas, abrió la nevera y sacó dos cervezas. De ese modo, no aparecería con las manos vacías.

–Hasta luego.

Nervioso, bajó los escalones del porche. Pero aquel día no subió a la furgoneta vieja, sino al brillante jeep. Dejó las cervezas sobre el asiento, puso la radio a todo volumen y no la apagó hasta que estuvo frente a la casa.

Danica estaba en el porche, con una camiseta ajustada y unos vaqueros que se pegaban a sus piernas como si no quisieran separarse nunca. No eran tontos los vaqueros. Twig correteaba, alegre, a su alrededor.

Winston saltó del jeep con las cervezas en la mano.

–¿Te apetece una?

–Sí, gracias.

Se sentaron en el primer escalón del porche y permanecieron en silencio durante un rato.

–Bonita noche, ¿verdad?

–Preciosa. Este es un sitio muy tranquilo.

–La gente es un estorbo muchas veces, pero la gente a la que uno quiere hace que la vida sea soportable.

Danica lo miró, sorprendida.

–Es verdad.

–Y si estás de acuerdo, ¿qué haces aquí sola?

Ella tomó un trago de cerveza.

–No tengo a nadie –contestó por fin–. Mis padres murieron hace

años y solo tenía a Dorinda.

–Vaya, lo siento.

–Mi madre tenía cuarenta y dos años cuando nacimos y mi padre cincuenta. Yo creo que ya no esperaban tener hijos y, de repente, nacimos nosotras.

–Pues debió ser una sorpresa.

–Supongo que sí. Mi padre murió de un infarto cuando estábamos en el instituto. A mi madre acababan de diagnosticarle un cáncer y estuvo aguantando hasta que terminamos la carrera. Pero después… se dejó ir.

–Imagino que lo pasaríais fatal. No sé lo que Jamesy y yo haríamos sin mis padres –suspiró Winston–. Hace unos años, mi padre tuvo un accidente. Uno de los alambres que sujetan las balas de paja se le clavó en el pecho y le atravesó el corazón.

–Qué horror. ¿Y qué pasó?

–Enviaron un helicóptero desde Cheyenne y, afortunadamente, se recuperó en el hospital.

–Clavarse un alambre en el corazón…

–¿Sabes que intentó quitárselo él mismo?

–¿En serio?

–Lo que oyes. Mi padre es un tipo muy fuerte –sonrió Winston.

–¿Y se ha recuperado del todo?

–Bueno… perdió tejido cardíaco y a veces tiene dolores, pero el pobre sabe que salió de una gorda.

Danica asintió, comprensiva.

–Dorinda hablaba muy bien de tus padres.

Él asintió con la cabeza.

–Son muy buena gente. Incluso les caía bien Bud, el marido de tu hermana.

–Yo casi no lo conocía. ¿Qué tal era?

Winston se quedó pensativo unos segundos.

–Solía venir por aquí en verano, cuando era pequeño. Ned era hermano de su madre y como no tenía familia, se alegraba mucho de ver a su único sobrino. Tanto que nadie se atrevía a decirle qué clase de persona era.

–¿Y qué clase de persona era? –preguntó Danica.

–Ya desde pequeño… bueno, se metía en líos, peleas y cosas así. Cuando Ned murió, Bud se casó con tu hermana y todos pensamos

que había cambiado.

–Dorinda y él se conocieron en un rodeo. En Mesquite, Texas.

–Sí, siempre hablaba del rodeo. Decía que era una estrella, aunque aquí nadie lo conocía… Y yo he participado en algunos.

Danica lo miró, pero no parecía sorprendida.

–Yo le dije a mi hermana que esperase un poco, que no se casara. Siempre me dio mala espina. ¿Sabes que tuvo que salir corriendo de Dallas por culpa de unos cheques sin fondos?

–Típico de Bud –suspiró Winston–. Cuando el ganado empezó a desaparecer, se quejaba como si también estuviera perdiendo vacas. Incluso fue a denunciarlo. Por eso tardaron tanto en descubrir que era él quien las robaba.

–Pobre Dori. Se merecía algo mejor que eso.

–Bud es un sinvergüenza, desde luego. Cuando fueron a detenerlo, estaba metiendo las vacas en unos camiones que había robado en Dakota.

–Me lo creo. Pero entonces, todos recuperasteis vuestro ganado, ¿no?

–Todos menos yo. No puedes imaginarte lo que me dolió cuando Bud se negó a decir dónde estaban mis vacas –explicó él–. Y lo peor de todo es que a los demás les había robado terneros, pero a mí me había robado vacas de cría, lo más importante de un rebaño.

–Parece que quería hacerte más daño que a los demás.

–Sí, y no sé por qué. Mis padres y yo siempre nos habíamos portado muy bien con él.

–Quizá tenía celos de ti –sugirió Danica.

–Sí, ya. Lo único que alguien puede envidiarme es a Jamesy. Tengo treinta y siete años y sigo viviendo con mis padres, así que… Desde luego, algún día el rancho será mío, pero por ahora soy un realquilado.

–¿Y por qué no te vas a vivir a otro sitio?

–Porque mis padres me necesitan. Además, yo nací aquí, crecí aquí y espero morir aquí. Y espero que mis hijos lo hagan también.

–¿Y por qué no te compras tu propia casa?

Winston se encogió de hombros.

–¿Para qué? Mis padres habían pensado construir una segunda casa en la propiedad cuando me casé, pero desde el principio estaba claro que Tammy no sabía hacer nada, así que… Y, al final, se

marchó.

–Háblame de ella –dijo Danica.

Winston apartó la mirada. Le alegraba que quisiera saber cosas de su vida, aunque para eso tuviera que recordar el pasado.

–La conocí en un rodeo, en Cheyenne.

–Eso de los rodeos debe ser muy romántico –sonrió ella.

–Al principio, yo lo hacía solo para divertirme, pero como empecé a ganar premios… Además, fuera donde fuera, siempre me encontraba con Tammy y al final, empezamos a salir juntos. Poco después, yo me cansé del rodeo y de las fiestas. Lo que me apetecía era instalarme en el rancho. Un día fuimos a Las Vegas y, a la mañana siguiente, me desperté con un dolor de cabeza y un anillo en el dedo.

–¿Y qué pasó?

–Que Tammy no podía soportar el rancho. Creo que se habría marchado el primer mes si no hubiera descubierto que estaba embarazada. Después, cuando Jamesy nació, nos peleábamos todos los días –suspiró Winston–. Tammy quería volver al rodeo, o más que al rodeo a las fiestas, a la vida irresponsable… y yo quería quedarme en casa, así que llegamos a un compromiso: la llevaría a Rawlins dos veces al mes para tomar una copa y divertirnos. Pero yo no me divertía nada. Poco después, empezó a salir sola y a veces no volvía a casa durante días y días.

–¿En serio? –murmuró Danica.

–Como te lo digo. Por fin, un día descubrí que se había marchado de casa. Como un tonto, fui a buscarla y la encontré en Rawlins, subiendo al autobús. Cuando le pregunté qué iba a pasar con Jamesy, me dijo que yo sabría cuidar de él –suspiró Winston–. Eso fue hace seis años y no hemos vuelto a saber nada de ella desde entonces. Hace dos años, mi abogado averiguó por fin dónde debía enviar los papeles de divorcio. Si no, aún seguiría casado con… esa mujer.

–Qué horror.

Winston se terminó la cerveza de un trago, mientras la de Danica seguía casi llena. No le gustaba beber. Mejor, pensó tontamente.

–¿Y tú? ¿Has estado casada?

–Desgraciadamente, sí –contestó Danica–. Todo el mundo mete

la pata.

–¿Quién era?

–Un médico que conocí mientras hacía las prácticas.

–Ah.

Un médico, ni más ni menos. Winston tenía la impresión de que ese tipo no le habría caído nada bien.

–Era guapo, encantador… y tenía consulta propia.

Nada, pero nada bien.

–¿Y dónde está ese príncipe?

–Probablemente, con su conquista de última hora –contestó ella, tomando un trago de cerveza–. La primera vez que lo pillé engañándome llevábamos solo seis meses casados.

–Vaya.

Menudo canalla, pensó.

–Esa vez lo perdoné porque parecía contrito y, bueno, ya te puedes imaginar. Pero un año después, volví a pillarlo con otra. Y aquella vez, en su propia consulta.

Winston sacudió la cabeza. ¿Cómo un hombre casado con aquella preciosidad de mujer podía engañarla con otra?

–Debía estar ciego.

–No es mala persona –suspiró Danica–. Es que no puede quitarle las manos de encima a las enfermeras. Hace poco tuve que trabajar para él y me tocó el trasero como si fuera una desconocida. ¡A mí, su ex mujer!

Por alguna extraña razón, eso lo puso furioso. Tan furioso que tuvo que hacer un esfuerzo para disimular.

–¿Y cómo acabaste trabajando para ese canalla?

–Yo trabajaba para un pediatra que estaba buscando un socio. Un día fui a la consulta y me encontré con Mike.

Mike. Qué nombre tan feo.

–¿Y por qué no dejaste el trabajo?

–¿Por qué iba a dejar mi trabajo? Además, Mike y yo nos llevábamos bien. No tuvimos un divorcio de esos de tirarse los trastos a la cabeza.

Demasiado amistoso, pensó Winston.

–Pues yo prefiero mi situación.

–¿Ah, sí? ¿Y no la cambiarías, aunque fuera por Jamesy?

–Tienes razón –suspiró él–. Quizá la cambiaría por mi hijo. No

conocer a su madre es algo que un niño no puede asimilar.

Danica volvió la cabeza para mirarlo y Winston se perdió en aquellos ojos castaños.

–No eres lo que yo pensaba.

Ella estaba diciendo algo. Veía que movía la boca, pero no sabía de qué hablaba. Solo podía mirar sus labios, unos labios generosos, húmedos…

Winston se inclinó para estar más cerca. Y Danica no se apartó.

Pero, de repente, se levantó de un salto.

–¿El cielo siempre se pone así de rojo por las tardes? Supongo que tú estarás acostumbrado, pero a mí me resulta extraño. Es como si hubiera un incendio en alguna parte.

Winston decidió aparentar también él que no pasaba nada. Sin embargo, había ocurrido algo, no sabía qué.

–Sí, claro.

–Por cierto, ¿dónde está la tienda más próxima?

–¿Qué tienda?

–Pues… la tienda de comestibles. Para comprar carne, verduras, fruta… Solo tengo latas en la despensa.

–Hay que enchufar la nevera. Dorinda me pidió que la desenchufara porque le daba miedo dejarla simplemente desconectada –empezó a decir él, sin saber de qué estaba hablando–. Si quieres, volveré a enchufarla.

Ella lo miraba como si tuviera dos cabezas.

–¿Dónde has dicho que está la tienda?

Winston se limpió el polvo de los vaqueros, desconcertado. Definitivamente, allí estaba pasando algo.

–En Rawlins. Pero si necesitas algo, seguro que puede prestártelo mi madre.

–No hace falta, gracias. Por ahora, le estoy dando a Twig carne de lata.

–¿Seguro que no hay comida para perros en el granero?

–No se me ha ocurrido mirar.

–Si quieres te traeré comida mañana. Dorinda dejó un saco en casa…

–No hace falta. Iré a mirar en el granero y si no hay, la compraré en Rawlins.

–¿Quieres que vaya contigo? Así podría enseñarte el pueblo –

dijo Winston, esperanzado.

–No… tengo que mirar en el granero.

–Puedo ir a mirar yo, si quieres.

–No, gracias. La verdad es que tengo que echar un vistazo por aquí. No sé dónde están las cosas y tengo que saberlo antes de… pero no estás aquí para hablar de eso. Íbamos a hablar de la orden de restitución. En la orden dice que tienes derecho a recuperar tus cuarenta cabezas de ganado, así que hazlo. Elige las vacas que quieras.

–¿Así de fácil? –preguntó él, sorprendido.

–¿Y qué quieres que haga?

–Si yo estuviera en tu lugar, querría tomar parte en la elección. ¿Cómo sabes que no voy a llevarme las mejores?

–Confío en ti –contestó Danica tranquilamente.

Una frase corta y sencilla. Pero el corazón de Winston se aceleró.

–Muy bien. Mañana por la tarde vendré para buscar las vacas. Por deferencia, antes quiero decírselo a Abe Summers.

–¿Quién es Abe Summers?

–El vecino del norte, el que está dándole de comer a tu ganado. Abe se ofreció a hacerlo porque era el único al que Bud no le robó nada.

–¿Y por qué no le has pedido a él las vacas?

–Porque me parecía mejor discutirlo con Dorinda.

–Ya –murmuró ella–. ¿Y si yo no hubiera aparecido?

–Pues… supongo que habría ido a Texas a buscarla.

Danica sacudió la cabeza.

–Eres un tipo extraño.

–Tú también –sonrió Winston.

–Pues estamos iguales.

–Parece que tenemos muchas cosas en común.

–Sí, ya, bueno. Gracias por venir –dijo ella entonces, ofreciendo su mano.

–Podría traer otro caballo mañana. Por si cambias de opinión y quieres venir conmigo a revisar el ganado.

Danica negó con la cabeza.

–No, gracias. Prefiero que lo hagas tú solo.

–Muy bien. Entonces, hasta mañana.

–Gracias por la cerveza.

–Gracias por la compañía.

–Por aquí no hay mucha, ¿no?

–Es difícil encontrar alguien con quien te guste charlar –sonrió Winston.

–Buenas noches.

–Buenas noches –suspiró él, inclinándose para tomar el bote de cerveza.

–Déjalo. Yo lo tiraré a la basura –dijo Danica, impaciente.

Cuando volvía al jeep, Winston iba pensativo. Por un momento, antes de que ella se levantara de un salto, había estado a punto de besarla. Y quizá volvería a ocurrir si era paciente. Se le daba bien ser paciente. Lo que no sabía era si la paciencia lo llevaría a algún sitio.

Danica Lynch era una chica llena de contradicciones. Un día le daba con la puerta en las narices y después le decía que eligiera él mismo las vacas. Parecía dispuesta a besarlo, pero después se apartaba de un salto. No la entendía, pero daba la impresión de ser una buena persona. Y era más seria que su hermana.

Sonriendo, Winston se preguntó si tendría tiempo de conocerla mejor.

Capítulo 4

CASI había dejado que Winston Champlain la besara! A la mañana siguiente, Danica no podía creerlo. Aunque no era tan extraño. Winston era un hombre encantador y le daba pena que su matrimonio hubiera sido tal desastre. Además, era muy guapo. Buen padre, buen hijo, responsable, cariñoso… ¿qué mas se puede pedir?

Pero había tenido una aventura con su hermana mientras estaba casada… ¡y ella casi había dejado que la besase! ¿Qué idiota confiaría en un hombre como él? La misma idiota que había creído a Mike cuando le dijo que no volvería a mirar a otra mujer.

No aprendería nunca.

Seguía enfadada consigo misma por haber hecho el tonto la tarde anterior cuando Twig empezó a ladrar. Danica salió al porche con una taza de café en la mano y vio un camión negro que tiraba de un remolque de ganado.

Su primera reacción fue de alivio porque no era Winston Champlain. Pero no sabía quién había decidido visitarla.

La puerta del camión se abrió y de él salió una oronda figura. Era una mujer altísima, embutida en un par de pantalones vaqueros que parecían a punto de estallar. En la mano llevaba una enorme cacerola y se acercaba al porche con una sonrisa en los labios.

–¡Hola!

–Hola –murmuró Danica, atónita.

La mujer debía medir más de metro ochenta y podría haber pasado por un jugador de baloncesto. Dejando la cacerola en el suelo, aquella aparición le dio un abrazo de oso que la dejó conmocionada.

–No sabes qué pena nos ha dado a Abe y a mí saber lo de tu hermana. Pobrecilla. Y pobrecita tú, estás en los huesos.

¿Abe? ¿Abe?

–Ah, usted debe ser la señora Summers.

–Sí, claro. Ay, pobre, no me conoces. Yo soy Nellie y te he traído

uno de mis famosos pollos rellenos. Necesitas engordar un poco. Abe y Dude vendrán en cuanto bajen a los animales.

–¿Los animales? –repitió Danica.

Nellie se hizo la sorda.

–¿Dónde quieres que ponga el pollo? En la cocina, supongo. Uy, qué bien huele a café. ¿Me invitas? Tu hermana no tomaba café. Le gustaban más los refrescos, pero yo solía decirle que un refresco no la calienta a una por la noche. Y aquí, en invierno, las noches son heladoras, te lo aseguro –siguió parloteando alegremente la mujer–. ¿Y tú cómo estás, cariño?

–Pues…

–Vamos a tomar ese café para que puedas contármelo todo –la interrumpió Nellie.

Danica observó a su visitante colocando la cacerola sobre la repisa como si estuviera en su propia casa.

–¿Cómo es que el piloto del horno no está encendido?

–¿Eh?

–El piloto del horno. ¿Por qué no está encendido? Tiene que estar siempre encendido.

–No lo sé.

–¿Has abierto el gas?

–¿El gas? –preguntó Danica, un poco mareada–. No sabía que funcionara con gas.

–Pobrecita –suspiró Nellie, abriendo y cerrando puertas–. Voy a abrir el gas y… ah, aquí está.

Poco después, encontró una caja de cerillas para encender el piloto. Cuando Danica la vio de rodillas en el suelo, con medio cuerpo dentro del horno, se preguntó dónde harían vaqueros tan enormes. Y tuvo que tomar un trago de café para aguantar la risa.

Después de levantarse haciendo un esfuerzo, Nellie Summers cerró la puerta del horno y se dejó caer sobre una silla.

–Bueno, ¿me das ese café?

Danica fue inmediatamente a buscar una taza. Tenía la impresión de que no podía desobedecer a aquella amazona.

–Tome.

–Llámame de tú. Y cuéntamelo todo.

–¿Todo sobre qué?

–¡Todo! ¡Todo lo que quieras contarme!

–Pues…

–Mi marido y yo hemos lamentado mucho lo de Dorinda, pobrecita –la interrumpió Nellie entonces–. Menudo canalla de marido tenía. Si Bud hubiera trabajado de forma honrada en lugar de ser tan listo para engañar a la gente, este rancho iría de maravilla. Pero la pobre Dorinda… y luego, morir así. Es horrible –murmuró la mujer, tomando un trago de café.

Danica estaba perpleja, atónita. Aquella mujer era un torbellino. En ese momento, una figura apareció en el porche. Una figura casi del mismo tamaño que Nellie Summers.

–Ya está todo, mamá.

–¡Dude! –gritó ella, como si se hubiera olvidado del crío–. Esta chica es la hermana de Dorinda.

El niño le regaló una sonrisa. Debía tener unos diez años y parecía estar compitiendo en gordura con su madre.

–Ya está todo, mamá –repitió, como una letanía.

Un hombre apareció tras él. Era más bajito que Nellie, pero igual de grande. Y, en su caso, todo músculo.

–Ya está todo, mamá.

Evidentemente, aquel era el saludo de los Summers.

Nellie se levantó y la abrazó como si quisiera asfixiarla.

–Cuídate, bonita. Por cierto, el ternero tiene que comer sorgo mezclado con agua y leche en polvo. Te he dejado las instrucciones en la tapa. Ah, y gracias por el café.

Un segundo después, los tres Summers habían desaparecido.

–¿La tapa? –murmuró Danica, corriendo hacia el porche–. ¿Qué tapa? ¿Qué ternero?

Nellie señaló el establo y se despidió con la mano.

Ella se puso una mano en la frente. En cinco minutos, era como si hubiera pasado un tornado por su casa.

Pero ese tornado le había llevado un pollo y había encendido el gas. Tenía gas. Podía comer cosas calientes. De repente, la vida le parecía más bonita.

Era una ironía, pero la muerte hace que los pequeños placeres de la vida parezcan gigantes.

Y su vida, últimamente, parecía llena de cosas impensables. Por lo visto, tenía que cuidar de un ternero. Y ya que estaba en ello, echaría un vistazo para ver si encontraba la comida de Twig.

Tomando unas llaves que colgaban de un clavo en la despensa, Danica salió de la cocina.

Twig, que había desaparecido en cuanto Nellie Summers entró en la casa, apareció de nuevo.

–¿Dónde estabas?

Después de saludarla con un ladrido, el animal la siguió, moviendo la cola.

Además del granero y el establo, había otro edificio sin ventanas. ¿Sería un almacén?, se preguntó. Echaría un vistazo más tarde. Cuando entró en el establo, Twig empezó a ladrar a un ternero que lo miraba, asustado. El pobre debía haber perdido a su madre.

–No seas malo. No le ladres al pobrecito.

Twig se sentó, mirándola con una expresión que parecía decir: «Mi trabajo es ladrar. No me hagas un lío».

Pero además del ternero había dos caballos. Los dos eran de color castaño, uno con la cola rubia y el otro, negra. Danica llenó el bebedero de agua mientras intentaba familiarizarse con ellos. Afortunadamente después de algunas miradas desconfiadas, los dos animales se dejaron acariciar tranquilamente.

Y en alguna parte debía haber algo con instrucciones en la tapa para dar de comer al ternero.

Danica encontró dos cubos. Sobre cada una de las tapas había escrito en rotulador negro: «un bote». El bote en cuestión debía ser uno de café que había al lado de los cubos. Contenta con el encargo, mezcló el sorgo con la leche en polvo y lo echó en un comedero al que añadió otro bote de agua. La mezcla no parecía nada apetitosa, pero el ternero se puso a comer con avidez y ella sonrió, orgullosa de sí misma. No había olvidado lo que su padre le enseñó cuando era pequeña.

Después, convencida de que era una auténtica mujer de campo, procedió a llenar de paja el comedero de los caballos.

Más tarde, fue al granero. Allí, como le había dicho Winston, había un montón de balas de paja y sacos de comida para perros. Tras una puerta que debía dar al edificio sin ventanas, encontró dos remolques de ganado y un camión que debía tener más de treinta años. A un lado, había cuatro sillas de montar, botas, fustas, bridas, espuelas y correajes. Todo lo necesario para montar a caballo.

Incluso podría ir con Winston a buscar su ganado, pensó. ¿Por qué no? Sería lo más lógico. Después de todo, las vacas habían sido de Dorinda. Y, como su única heredera, ella debía hacer todo lo posible por conservar lo que era suyo.

Para cuando echó un vistazo tras la última puerta, un almacén lleno de herramientas, había tomado una decisión.

Cuando Winston llegó después de comer conduciendo un camión enganchado a un remolque, una visión celestial lo dejó agradablemente sorprendido: Danica, en vaqueros, con botas de montar, guantes y sombrero tejano.

Ella le hizo una seña para que condujera hasta el establo, donde el semental de cola negra estaba atado a un poste, y Winston llegó simultáneamente a tres conclusiones: una, que le habían devuelto a los animales. Dos, que había decidido ir con él. Y tres, que le quedaba estupendamente ese disfraz de chica vaquera.

Pero le gustaría mucho saber qué tal se le daba montar a caballo. En un rancho, no solo hay que estar guapo.

Dorinda le había contado que creció en el rancho de su padre, al sur de Dallas, pero en Texas los ranchos eran tan grandes que casi todo el mundo trabaja detrás de un volante. En Wyoming, sin embargo, el caballo seguía siendo el vehículo de transporte más usado.

Cuando saltó del camión, Danica estaba atando la silla y parecía hacerlo con habilidad.

–Así que has decidido venir conmigo –sonrió Winston, sacando a su semental gris del remolque.

–No tengo nada mejor que hacer.

–Pues a mí se me ocurren un par de cosas –murmuró él.

Aunque si le decía lo que estaba pensando, Danica le daría una bofetada.

–La verdad es que hace un día precioso. Un día perfecto para montar.

Era cierto. Con el cielo de un azul brillante, la temperatura alrededor de los veinte grados y una brisa que movía las copas de los árboles, era un día hecho para disfrutar. Aunque Winston sabía que le esperaba un trabajo duro y lo hubiera cambiado por otro tipo

de… ejercicio inmediatamente.

Cuando Danica montó sobre el caballo con la misma facilidad como si lo hiciera todos los días, no pudo evitar una sonrisa.

–Es un buen caballo –dijo, mientras ataba su silla–. Una de las pocas cosas buenas que pueden decirse de Bud: sabía elegir a sus animales.

–¿Sabes cómo se llama?

–Ni idea. Pero usó ese caballo y el otro, el de la cola rubia, para robar ganado. Eso seguro.

Danica acarició el cuello del animal.

–Pues entonces podemos llamarlo… Cuatrero. ¿Qué te parece?

Winston soltó una carcajada.

–Me parece muy bien. ¿Y el otro?

Ella se quedó pensativa.

–Bandido. Para no cambiar de tema. ¿Cómo se llama el tuyo?

–Rompehuesos.

–¿Rompehuesos?

–Por lo testarudo que es. Mi padre lo compró en una feria en Colorado porque le pareció precioso. Pero cuando intentó domarlo, el pobre las pasó canutas. Afortunadamente, como yo tenía que hacer algo para olvidarme de la marcha de Tammy, me dediqué a él en cuerpo y alma.

–¿Ah, sí?

Winston montó de un salto y sujetó al animal, que empezaba a moverse, inquieto, con las rodillas.

–No sabes lo que me costó. Mi padre solía quedarse mirando en el corral mientras me tiraba al suelo una y otra vez y decía: «ese caballo te va a partir todos los huesos». Por eso le pusimos ese nombre.

–Ah.

–Y la verdad, sigue teniendo muy mal genio. Hay que llevarlo con mano de hierro.

–Pero al final no te partió ningún hueso, ¿no? –sonrió Danica.

–Aún no, pero podría hacerlo. Hay días que es como la seda, pero otros… te juro que es como un niño con una rabieta.

–Esperemos que hoy esté suave –dijo ella, sujetando las riendas de Cuatrero.

–Hoy está bien.

¿Cómo podía no estarlo en un día tan bonito? A Winston le parecía un día precioso. El más precioso en mucho tiempo.

–¿Por dónde? –preguntó Danica.

–Si no recuerdo mal, hay un riachuelo hacia el este. Seguro que hay cabezas de ganado pastando por allí.

–Vamos, entonces. Tú conoces esto mejor que yo.

–De acuerdo. Pero deja que vaya delante un rato. No quiero que se celen –dijo Winston, poniendo a Rompehuesos al trote.

El animal obedeció, pero un momento después empezó a galopar. Aquel animal era más testarudo que Danica Lynch.

–¿Qué ocurre? –bromeó ella–. ¿No puedes manejarlo?

Después de decir eso, golpeó a Cuatrero con el tacón de la bota y salió galopando como el viento.

Winston no pensaba dejar que Danica fuera delante. Y tampoco Rompehuesos, desde luego. Pero después de adelantarla, sabiendo que el semental podría quedar exhausto si no lo controlaba, empezó a tirar de las bridas. Ella se colocó a su lado, riendo.

–Deberías llamarlo Supersónico.

–Y si no lo controlo, tendría que llamarlo «Difunto» –rio Winston–. Será mejor que vayamos al trote.

–Aguafiestas.

Minutos después, llegaban a un riachuelo. Había varias cabezas de ganado pastando, sobre todo vacas de cría con sus terneros.

–¡Mira eso!

–¿Qué? –preguntó Danica.

–Llevan el hierro de mi rancho. ¿Lo ves? Al final, Bud no las había vendido.

–Estupendo. Así podrás llevarte tus propias vacas.

–No sabes cómo me alegro. Habíamos comprado unas muy buenas y estaba preocupado, pensando que o no encontraría nada parecido o tendría que llevarme lo mejor de tu rancho.

–¿Y qué hacemos con los terneros? Muchos de ellos serán tuyos ahora.

–El juez no tuvo eso en consideración –murmuró Winston.

–Debió pensar que recuperarías tu ganado mucho antes.

–Qué se le va a hacer.

–Yo tengo una idea. La mitad para ti, y la mitad para mí.

–No es necesario… –empezó a decir Winston, pero ella lo

interrumpió con un gesto.

–Es lo más justo.

–No tienes que repartir los terneros conmigo. El juez no ha dicho nada de eso.

–Da igual. Y no pienso discutir.

Winston se quedó pensativo. Lo que proponía era justo. Y le gustaba mucho aquella mujer tan equitativa.

–Si te empeñas…

–¿A dónde vamos ahora?

Él buscó a Twig con la mirada.

–Tu perro nos dirá a dónde debemos ir.

Al escuchar el silbido, el animal salió disparado hacia el norte. Danica dirigió su caballo hacia allí y Winston se quedó un poco atrás, mirando el precioso trasero que parecía hecho expresamente para la silla.

Sí, aquella podría ser la chica de sus sueños.

Al final de la tarde, habían llevado al corral siete vacas y cinco terneros. No estaba mal para trabajar con una aficionada. Cuando ella sugirió que diese de comer a Rompehuesos, su propio estómago empezó a protestar.

–Es que tengo hambre.

Danica dejó de cepillar a Cuatrero.

–Tú dales de comer, yo voy a encender el horno.

–¿Me invitas a cenar?

–Si te gusta el pollo relleno…

–¡Pollo relleno!

–Es culpa tuya, así que deberías comértelo conmigo.

–No te entiendo.

–Que el pollo me lo trajo Nellie Summers esta mañana después de hablar contigo. Dice que necesito engordar.

No era una invitación muy romántica pero, al fin y al cabo, era una invitación.

–Si lo trajo Nellie, habrá comida para un regimiento.

–Pues aquí no hay un regimiento, así que tendrás que aplicarte.

–No te preocupes por eso. Yo daré cuenta del pollo.

–Tú haz lo que te he dicho –replicó Danica–. Y, de paso, dale de comer al ternero.

–Sí, jefa –sonrió él, echándose el sombrero hacia atrás.

Con un golpe de melena, corta pero melena, la mandona salió del establo. Winston estaba tan ensimismado que Rompehuesos estuvo a punto de aprovecharse pateándole un pie.

–Oye, no te atrevas. Compórtate y cenaremos los dos.

Habían estado juntos toda la tarde y, además, lo invitaba a cenar. ¿Qué habría después? Winston se puso a silbar alegremente, mientras daba de comer a los animales. Un día estupendo.

Desde luego, un día estupendo.

Capítulo 5

DANICA se pasó un cepillo por el pelo, preguntándose cómo podía ser tan tonta. Salir de paseo con Winston había sido un error, pero invitarlo a cenar… ¿Por qué cuando estaba con él se olvidaba de que había tenido una aventura con su hermana? Dorinda se lo había contado… En realidad, su hermana solo había dicho que tenían una relación, pero no había explicado qué clase de relación era. Quizá Dori estaba estirando la verdad. No sería raro en ella.

Danica se sintió culpable. Su hermana había muerto y lo que estaba haciendo era intentar justificar sus propios desatinos.

Winston Champlain era un hombre guapo y encantador. Y, sin duda, era igual que el resto de los hombres guapos y encantadores que había conocido en su vida. Un canalla.

Y para acabar de estropearlo todo, las agujetas estaban matándola. Hacía años que no montaba a caballo y había perdido la costumbre. Sin embargo, cuando montó sobre Cuatrero le pareció como si lo hubiera hecho el día anterior. Curiosamente, montada sobre el animal, al lado de Winston, era como si… como si estuviera en casa.

De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no por la muerte de Dorinda. Era… ¿porque la muerte de su hermana había dejado de doler? Eso no tenía sentido. ¿O sí?

No podía vivir con aquel sufrimiento para siempre. Algún día tendría que seguir adelante con su vida. El problema era que no sabía cómo hacerlo ni por dónde empezar. ¿Volver a Dallas? ¿Para qué? No se le había perdido nada allí. La idea de que estaba en casa volvió a aparecer en su mente, pero la descartó por absurda. Aquella no era su casa…

En ese momento, oyó los pasos de Winston en el porche. Estaba en la puerta de la cocina, con el sombrero en la mano, como un niño.

Y su corazón dio un vuelco.

Las espuelas y el polvo de los vaqueros habían desaparecido. Se

había lavado la cara y, con el pelo echado hacia atrás, estaba para comérselo. Aunque parecía necesitar un buen afeitado, estaba guapísimo. Incluso le habría gustado alargar la mano para acariciar su barba. No recordaba haber tocado el mentón de su marido excepto cuando estaba recién afeitado… Pero Winston Champlain era tan diferente de Michael Lynch como el día y la noche.

Danica rechazó aquel pensamiento. Eran físicamente diferentes, nada más.

Haciendo un esfuerzo para controlar su confusión, se acercó al horno.

–No te quedes en la puerta.

–Ese pollo huele muy bien.

–Siéntate –dijo ella, sin mirarlo.

–Gracias.

Winston obedeció, moviéndose lentamente, como si temiera asustarla. Eso la irritó, pero la verdad era que el pobre hacía bien. Estaba más nerviosa que un semental, sin saber si dar coces o calmarse. Y tendría que calmarse, claro.

Había dejado puesta la mesa por la tarde. Incluso dejó la cafetera preparada. Pero no había pensado invitarlo a cenar. ¿O sí? ¿Habría estado en su inconsciente todo el tiempo?

–No tengo cerveza.

–Si me das un café, te lo agradezco –sonrió Winston.

Danica se dio la vuelta, intentando disimular su nerviosismo. Después de servirle el café, tomó un paño y se inclinó para sacar la bandeja del horno.

–¡Ay!

–¿Agujetas?

–No me duele nada –mintió ella, haciendo un esfuerzo para incorporarse.

Winston apartó la silla y cuando se sentó, dejando escapar un suspiro, se dio cuenta de que había olvidado los utensilios para servir el pollo. Iba a levantarse de nuevo, pero él le puso una mano en el hombro.

–¿En qué cajón?

Danica capituló. Estaba demasiado dolorida.

–A la izquierda del fregadero.

–¿Vale una espátula?

–Supongo que sí.

–Estoy muerto de hambre –sonrió él. Tenía una sonrisa tan tierna…

–Sírvete lo que quieras.

–Las señoras primero –dijo Winston, sirviéndole una buena porción. Después, se sirvió a sí mismo una ración que podría haber alimentado a tres personas–. Mmm… está delicioso. Casi tan bueno como el asado que hace mi madre. Por aquí no hay nada mejor que ese asado y el pollo relleno de Nellie Summers.

–Eso me dijo ella.

Los dos sonrieron y Danica tuvo que apartar la mirada. Winston siguió comiendo mientras hablaba de ganado, de las tierras, de la lluvia… en fin de las cosas que habla un vaquero.

Le gustaba la voz de Winston Champlain y viéndolo comer sentía una alegría que no había sentido en mucho tiempo. Era absurdo, se dijo.

Él se echó hacia atrás después de comer, dándose golpecitos sobre el estómago. Plano. Increíblemente plano.

–Hacía tiempo que no comía algo tan rico. Y que no lo pasaba tan bien con alguien.

–El pollo no lo he hecho yo, pero me alegro de que lo hayas pasado bien.

–El café es estupendo –sonrió Winston–. Para mí, una mujer que sabe hacer café, que monta a caballo y sabe mover una vaca, es un sueño hecho realidad.

Danica se dio cuenta entonces de que, si no ponía fin a aquello enseguida, iba a meterse en un lío. Le gustaba demasiado estar con él, le gustaban demasiado sus halagos. Nerviosa, se levantó de golpe pero, al hacerlo, sintió un terrible dolor en las piernas. Winston se levantó y la rodeó con sus brazos.

–Tienes que estirar los músculos –murmuró, llevándola hacia el salón–. Voy a enseñarte a hacerlo.

–Soy enfermera –replicó ella–. Sé cómo estirar los músculos.

–Entonces sabrás que un baño caliente ayuda mucho, ¿no?

Danica se mordió los labios. Realmente, apenas podía dar un paso.

Winston la sentó en el sofá y empezó a quitarle las botas.

–¿Qué haces?

–Voy a quitarte las botas y después a llenar la bañera. Y luego voy a lavar los platos.

–¡De eso nada!

–Espero que tengas algún anti-inflamatorio –siguió él, como si no la hubiera oído.

–En el baño.

–Estira las piernas.

Unos minutos después, Danica oía el grifo de la bañera. Quería estar indignada, pero no podía. La idea de darse un baño caliente era demasiado apetecible. Winston volvió con una pastilla y un vaso de agua que ella tomó obedientemente. Después, la ayudó a levantarse.

–Ya puedes irte a casa.

–Primero, voy a lavar los platos.

–No, de verdad. Prefiero hacerlo yo.

–¿En serio?

–En serio. Gracias.

–Soy yo quien debería darte las gracias. Además de ayudarme a encontrar algunas de mis vacas, me has invitado a cenar. No se puede pedir más. Bueno, quizá una cosa…

–¿Qué?

–Esto –contestó Winston, levantando su barbilla con un dedo.

Danica se dijo a sí misma que no podía apartarse por el dolor, pero en el fondo sabía que era mentira. Le gustaba mucho estar cerca de aquel hombre. Le gustaba el calor que irradiaba, le gustaba su sonrisa… Y no se habría apartado por nada del mundo.

Él la besó despacio, rodeando su cintura con los brazos. La habitación empezó a dar vueltas y Danica tuvo que sujetarse a su cuello para no caer al suelo. El hombre la aplastaba contra su torso, haciendo que sintiera un cosquilleo en el vientre. Y cuando sujetó sus caderas con aquellas manos tan grandes y la apretó contra su pelvis… pensó que iba a desmayarse. Los dos sentían lo mismo, un deseo nacido de no sabían dónde.

La idea la excitaba más de lo que hubiera podido imaginar. Tanto que olvidó las razones por las que no deberían estar haciendo aquello. Tanto que quería más. Cuando oyó el gemido ronco del hombre, se apretó contra él, temblando de deseo. Solo el dolor que sentía en las piernas la hizo apartarse.

Winston la miró a los ojos.

–¿Te encuentras bien, cielo?

«Cielo». Winston Champlain la llamaba «cielo». Y ella le había dado razones para hacerlo.

Se estaba portando como una tonta.

–¡La bañera! –exclamó entonces, entrando en el baño.

Llegó a tiempo para cerrar el grifo, pero que el suelo se hubiera mojado la preocupaba menos que lo que acababa de ocurrir. ¡Ella no deseaba a ningún hombre y mucho menos a Winston Champlain!

Pero no era cierto. No era cierto en absoluto.

–No pasa nada. Anda, métete en la bañera.

–¡No! Quiero decir… que me meteré cuando te marches.

–Bueno, entonces tendré que irme.

–Sí.

Winston tomó su cara entre las manos.

–Hasta mañana –susurró, besándola suavemente en los labios.

Pero, por muy suave que fuera el beso, la habitación volvió a dar vueltas. Cuando se apartó, ella tuvo que sujetarse al borde de la bañera. Pero le gustó ver que la mirada del hombre parecía tan perdida como la suya.

Danica no respiró hasta que la puerta se cerró tras él. Y entonces se tocó los labios. Nunca había experimentado nada parecido con un hombre. Pero, ¿por qué tenía que ser él? ¿Por qué no podía ser el radiólogo con el que había salido unos meses antes? ¿O el abogado que tonteaba con ella y no dejaba de llamarla? No, tenía que ser precisamente el hombre con el que su hermana había mantenido una relación. ¿No la consideraría una simple sustituta de Dorinda?

No lo había pensado hasta entonces, pero de repente todo tenía sentido. Dorinda y ella eran idénticas… Hasta aquel momento, no había querido preguntarse si su hermana estaba enamorada de aquel hombre, pero debía hacerlo. La idea le encogió el corazón.

Mientras empezaba a quitarse la ropa, se juró a sí misma no volver a acercarse a él. Hacerlo sería como traicionar a su hermana. Pondría en venta el rancho, se desharía del ganado una vez que Champlain hubiera recuperado lo que era suyo y después volvería a Dallas.

Si esa idea hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas, era por las

agujetas y por su mala cabeza. Besar a Winston Champlain…

Danica tardó en abrir la puerta. Por su cabello despeinado, era evidente que acababa de despertarse.

–Siento haber venido tan temprano –se disculpó Winston–. Pero esta tarde tengo que ir a ayudar a los Plunkett a reparar su establo. Aquí todo el mundo se ayuda…

–¿Ah, sí? ¿Y cómo es que nadie ha venido para ayudarte? –le espetó ella.

–Porque… esperábamos que Dorinda volviese en primavera –contestó Winston, sorprendido–. La verdad es que yo casi había dado mi ganado por perdido.

–¿Dorinda no te llamó desde Dallas?

–¿Por qué iba a llamarme? Ella no sabía nada de la orden de restitución.

–¿Y no te dejó un número de teléfono?

–No. Los Summers se encargaban del rancho, no yo.

Danica se mordió los labios, insegura.

–Supongo que estaba pensándose el asunto.

–¿Qué asunto? ¿De qué estás hablando? –preguntó él.

–Da igual. No importa.

Winston hubiera querido una respuesta, pero tenía poco tiempo para recuperar el resto del ganado.

–¿Qué tal estás? ¿Puedes montar a caballo?

–No, lo siento. No sería capaz.

–Entiendo –murmuró él, intentando disimular la desilusión–. ¿Puedo hacer algo por ti?

–No, no. Tú busca tus vacas. Yo estoy bien.

–De todas formas, deberías montar un rato. Es la mejor manera de que las agujetas desaparezcan.

–Lo tendré en cuenta.

–Y deberías hacer algo de ejercicio…

Danica levantó una mano.

–Lo sé, lo sé. Soy enfermera.

Winston sonrió.

–Bueno, hasta luego.

Estaba rara. Pero era lógico. Era una chica sensata y

seguramente se sentía culpable por disfrutar de la vida cuando su hermana acababa de morir. Aunque era una tontería. Que Dorinda hubiera muerto no significaba que ella tuviera que renunciar a los placeres de la vida. Sin embargo, entendía que le resultara difícil. No solo eran hermanas, sino gemelas idénticas.

Pero el beso del día anterior le había dicho elocuentemente cuántas cosas tenía que ofrecer su preciosa enfermera. Cada vez que lo recordaba se ponía… muy nervioso.

Iba a tener que ser él quien la convenciera de que no pasaba nada por seguir viviendo. Winston sonrió, pensando cómo iba a hacerlo. Si pudiera, la convencería para que se metiera en la cama con él. Y no la dejaría moverse hasta que admitiera que la atracción que había entre ellos se merecía una investigación exhaustiva.

Cada vez que pensaba en aquel beso, le daban ganas de ponerse a silbar.

Sí, le gustaba mucho aquella mujer. Y cuanto antes se diera cuenta Danica de lo que tenía delante, mejor.

Danica había temido aquel momento. Lo que no esperaba era que su corazón se acelerase al verlo, que dentro de sí se instalara una sensación de alegría incomprensible.

Para aplastar esas sensaciones, lo miró con cara de pocos amigos.

–¿Ya has vuelto?

–Sí. Solo he encontrado cuatro vacas, pero es la hora de comer y quiero tomar algo antes de ir al rancho de los Plunkett.

–Ah, muy bien –dijo ella, a punto de cerrar la puerta.

–Espera un momento.

–Entiendo que tienes que irte a comer. Y no te preocupes por mí, yo estoy bien.

–No tengo que fichar. Y me gustaría tomar un café contigo. Además, quiero invitarte a cenar.

–¿Qué?

–A cenar en mi casa, con mi familia. Mañana, si te parece.

A cenar con su familia. Entonces, no era una cita. Sin saber por qué, Danica se sintió desilusionada.

–Con tu familia.

–Mis padres quieren conocerte.

–Ah… pues no sé. No quiero molestar a nadie.

–¿Molestar? Por aquí no hay mucha gente y mi madre disfruta de la compañía.

Danica hizo una mueca, recordando las cosas que su hermana solía decir de la señora Champlain.

–No creo que sea buena idea.

–¿Por qué no? –preguntó Winston, echándose el sombrero hacia atrás.

–Pues… porque… no veo para qué voy a establecer relaciones con los vecinos si pienso marcharme enseguida.

–¿No me digas?

–Te digo. Voy a vender el rancho y después, volveré a Dallas.

–Ah, entonces estarás aquí mucho tiempo.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Danica.

–Este rancho tiene dos mil acres de terreno, cielo. Y está en medio de ninguna parte. No es precisamente fácil de vender. Costaría muchísimo dinero y la gente que lo tiene se dedica a hacer casinos en Las Vegas, no a comprar ranchos en los que hay que trabajar –explicó él, sonriendo–. Y el que tiene ganas y dinero para comprar un rancho, busca mucho más terreno. Aunque tú tengas derecho a diez mil acres más.

–¿Diez mil acres más? –repitió ella, sin entender.

–Tienes derecho a usarlos si firmas un documento en el que te comprometes a trabajar la tierra, claro. Pero aún así, no podrías extenderlo más porque está el mío y el de los Summers.

Danica se llevó la mano a la frente.

–Pero alguien tiene que comprarlo.

–No lo sé. Como no se lo vendas a algún vecino… Si quieres, puedes hablar con mi padre.

Ella lo miró, incrédula. «Como no se lo vendas a algún vecino…» Ese era el plan. Estaba intentando engañarla para quedarse con el rancho por poco dinero.

–Ya, claro.

Winston se cruzó de brazos.

–¿Por qué no me dices qué te pasa? Es el beso de ayer, ¿no?

–¡No!

–Claro que sí.

Danica se dio cuenta de que no podía mentirle.

–De acuerdo. Es el beso. Después de lo que pasó anoche, creo que es mejor mantener las distancias.

–¿Ah, sí?

–No me gusta lo que está pasando.

–¿No?

Ella respiró profundamente. Winston se estaba poniendo sarcástico y no le hacía ninguna gracia.

–Sencillamente, no estoy interesada en ti. Así de sencillo.

–Entonces, lo de anoche fue mi imaginación –replicó él.

–Pues sí –contestó Danica, poniéndose colorada.

–Supongo que no querías avergonzarme mostrando el asco que te dan mis besos.

–Algo así.

–No te lo crees ni tú –dijo Winston entonces, dando un paso hacia ella.

–¿Qué haces?

–Probar lo que digo.

Antes de que pudiera reaccionar, él la tomó por la cintura. Si Danica hubiera podido convencer a sus pies para que se movieran… pero no podía hacerlo. Estaba inmovilizada, como un cervatillo deslumbrado por las luces de un coche. Y lo único que podía hacer era ver cómo los labios del hombre descendían sobre los suyos.

El tiempo quedó suspendido. El cuerpo de Winston, su calor, la dureza de su torso… El deseo aparecía como un rayo cada vez que la tocaba, borrando hasta el último vestigio de su firme determinación.

Aplastada contra él, dejaba que la besase sin rebelarse. No podía hacerlo. Pero, de repente, él se apartó. Y se echó a reír.

Winston Champlain tenía la poca vergüenza de reírse.

Danica se sintió humillada.

–¿Ves como tenía razón?

–¿Cómo te atreves? –le espetó ella, indignada.

–Se puede decir que la tentación era irresistible.

–¡No es verdad!

–Mira, Danica, no me obligues a probártelo otra vez –la amenazó Winston.

Ella se cruzó de brazos, como si eso pudiera protegerla.

–¡No te acerques a mí!

–No podría alejarme de ti aunque quisiera. Y no quiero hacerlo.

–No pienso soportar esto.

–¿Ah, no? Pues a mí me parece que ya es demasiado tarde.

–¡Sé muy bien lo que quieres de mí!

–¿Lo sabes? Pues yo no, la verdad.

–Lo sabes tan bien como yo. Quieres que me acueste contigo –lo acusó Danica.

–Eso es verdad. ¿En tu cama, en la mía o en la nuestra?

¿En la nuestra? Su corazón dio un vuelco.

–No intentes hacerme creer que tienes intenciones honradas con respecto a mí porque no voy a creerte. Sé perfectamente lo que soy para ti. Un cuerpo bonito, nada más.

Winston se echó el sombrero hacia atrás.

–Me parece que te subestimas. Pero no me importa nada venir a buscar ese «cuerpo bonito» para cenar en mi casa mañana por la noche.

Y después de decir eso, se dio la vuelta, tan tranquilo.

–¡No te atrevas a marcharte antes de que hayamos solucionado esto!

Winston lanzó sobre ella una mirada que hubiera podido derretirle la ropa.

–¿De verdad quieres que me quede? –preguntó. Danica tragó saliva–. Ya me lo imaginaba. Pero lo harás. Te aseguro que me pedirás que me quede –añadió, sonriendo.

Y lo peor de todo era que aquella sonrisa la fascinaba.

Afortunadamente, su furgoneta había desaparecido cuando Danica empezó a llamarlo de todo.

Capítulo 6

SE PASÓ el día entero intentando tomar una decisión. Si desaparecía y no volvía hasta las diez, no podría llevarla a su casa a cenar. Pero entonces pensaría que estaba desesperada por evitarlo. Y era cierto. Pero no quería que Winston supiese cuánto la afectaba.

Por otro lado, si acudía a la cena tendría que estar todo el tiempo en guardia a causa de la inexplicable atracción que sentía por aquel hombre. Tendría que decirse constantemente que no era para ella… y solo el cielo sabía si su corazón querría escucharla. Winston Champlain le robaba el sentido común.

Tras larga consideración, decidió que lo que debía hacer era intentar llevarse bien y dejar claro que no quería tener una relación con él. No podía ser tan difícil. En cualquier caso, iba a tener que verlo de todas formas porque aún no había encontrado las cuarenta cabezas de ganado… Además, Dorinda le había dicho muchas veces que los padres de Winston eran encantadores con ella, especialmente su madre, y Danica sabía que rechazar la invitación sería una grosería.

Tenía que ir, aunque solo fuera para probarle que podía mostrarse indiferente.

A pesar de que iba con desgana, se arregló cuidadosamente. Eligió una moderna falda vaquera, una camisa azul clara y sandalias. Cuando Winston llegó a las ocho, estaba tan nerviosa que tenía que hacer un esfuerzo para disimular. Lo recibió en el porche, deseando que aquello terminara de una vez.

–Estás muy guapa –sonrió él, mirándola de arriba abajo–. Bonitas piernas.

–Gracias –replicó Danica bruscamente–. ¿Nos vamos?

–Se supone que deberías estar un poco más alegre.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

Winston soltó una carcajada.

–Desde luego, no te pareces nada a tu hermana.

–¿Cómo?

–Lo siento –dijo él entonces, arrepentido–. No quería criticarla. Es solo que sois muy diferentes. A Dorinda le encantaba salir a bailar, ir de fiesta… Pero a mí me gusta que tú seas diferente. Era un cumplido.

Danica no sabía si sentirse insultada o encantada, pero prefería olvidar lo último. Era lo mejor si no quería hacer el ridículo aquella noche. También ella sabía que Dorinda podía ser muy irresponsable cuando quería. Más de una vez la había visto meterse en líos y, cuando era así, no hacía caso ni de sus recomendaciones ni de las de nadie. Aparentemente, Winston Champlain se había dado cuenta de eso y, aparentemente, tampoco a él le gustaba.

Pero si era así, su relación con Dorinda tenía menos sentido. Quizá solo era una relación física, se dijo. Dorinda y Bud se llevaban mal y quizá su hermana se había sentido sola.

Pero sería mejor dejar de pensar en eso.

Aquel día, Winston llevaba unos vaqueros nuevos… En realidad, aquel hombre podría hacer anuncios de vaqueros. Solo con mirarlo, se le aceleraba el corazón.

Pero no podía ser. Si iba a salir viva de aquella cena, tenía que recuperar el sentido común. Tenía que buscar una distracción.

–Háblame de tus padres.

–Son lo mejor del mundo –contestó él, mientras arrancaba la furgoneta–. Mi madre es una persona muy cariñosa, siempre pendiente de todos, siempre con una palabra de ánimo. Mi padre es un bromista, pero en cierto modo es más sentimental que ella. Nunca olvidaré la primera vez que tuvo a Jamesy en sus brazos – añadió, aclarándose la garganta–. Antes le daba vergüenza emocionarse, pero ya no. Creo que cambió después del accidente. ¿Recuerdas lo del alambre?

–Sí, claro.

–Después de eso, dejó de darle vergüenza ser cariñoso y, la verdad, es que a mí me pasó lo mismo. Es mejor así, ¿no crees?

Danica recordó las veces que había escondido sus sentimientos. Lo hacía a menudo con Michael y con su hermana. Pero con su madre era diferente. Las enfermedades y las crisis hacen que la gente no tema abrir su corazón.

No había tenido tiempo de decirle a su padre cuánto lo quería porque murió repentinamente y eso era algo que siempre llevaría

clavado en el alma. Sin embargo, la experiencia le decía que era mejor ser prudente. Aunque quizá ella lo era demasiado.

Winston cambió de tema y empezó a hablar del rancho y de los diez mil acres a los que tenía derecho. A ella no le interesaba mucho el tema, pero agradecía poder hablar de cualquier cosa que no fueran sus sentimientos. Para cuando llegaron a su casa, había aprendido más cosas sobre el Departamento de Distribución de Tierras de Wyoming de lo que habría podido imaginar nunca.

La casa de los Champlain era un edificio de madera de dos pisos, con un bonito porche lleno de plantas. El jardín delantero tenía árboles de todas clases y… lo más sorprendente, rosales.

Además del jeep, cerca de la casa había una moto aparcada.

–¿De quién es?

–De mi padre –contestó Winston–. Pensaba usarla para mover el ganado, pero al final solo sirve para ir de paseo. Yo suelo usarla de vez en cuando. ¿Por qué? ¿Quieres ir a dar una vuelta?

–No, gracias. Pero seguro que a Dorinda le gustaba.

–Pues sí… lo mencionó un par de veces.

–¿Y?

–Al final, nunca fuimos a dar una vuelta.

–Ya veo.

Danica saltó de la furgoneta y Winston le pasó un brazo por la cintura. Cuando estaban subiendo los escalones del porche, una mujer abrió la puerta.

–Mamá, te presento a Danica Lynch. Danica, mi madre, Madge.

–Hola.

La mujer le dio un cálido abrazo al que ella respondió. Poco después, apareció un hombre alto de pelo blanco.

–Este es mi padre, Buck.

–Y tú eres la hermana de Dorinda –sonrió Buck Champlain, estrechando su mano. Se parecía mucho a su hijo, pero Winston había heredado también los cálidos ojos de su madre.

–Hemos sentido mucho la muerte de tu hermana –dijo Madge–. La pobre, con lo joven que era. Y con lo mal que lo había pasado últimamente…

Danica intentó deshacer el nudo que tenía en la garganta.

–Dorinda hablaba muy bien de usted. Le agradezco mucho todo lo que hicieron por ella.

–No hicimos nada –sonrió la mujer–. Además, Dori era muy simpática.

Danica sonrió. Era cierto. Dorinda siempre estaba alegre y alegraba la vida de los demás.

–Nos hacía reír –asintió Buck.

–Tú te ríes mucho, abuelo –intervino Jamesy.

Danica recordó el día que conoció al niño. Tenía que compensarlo por su mal humor.

–¿Por qué no voy a reírme? Es mejor que llorar. La risa es un don y si me lo pides de buenos modos, puede que te lo regale –dijo su abuelo, haciéndole cosquillas.

El niño salió corriendo, muerto de risa.

–No le hagas cosquillas, Buck. Tenemos visita.

–Ah, y por eso no puedo hacer reír a mi nieto –protestó el hombre–. Pues muy bien. Entonces, tendré que hacerte cosquillas a ti.

Madge lo miró, alarmada.

–¡No te atreverás!

Pero Buck se atrevió. Corrió detrás de su mujer por toda la cocina y la pobre Madge, muerta de risa, intentaba apartarlo dándole manotazos, pero no servía de nada. Danica no pudo evitar una sonrisa.

–Siempre te pillo. No sé para qué intentas huir –rio su marido.

–Eres imposible, Buck Champlain.

Winston disfrutaba la escena más que nadie. Estaba claro que, para él, el amor de sus padres era un preciado talismán.

–Y tú eres muy guapa, señora Champlain.

–Se me va a quemar el asado –se quejó Madge, abriendo el horno. Cuando se inclinó, su marido le dio un cachete en el trasero–. ¡Buck Champlain, te prohíbo…!

–Pues no me tientes –la interrumpió él. Después, se volvió para mirar a Danica–. El asado de mi mujer está casi tan rico como su trasero.

Madge se incorporó, colorada como un tomate.

–No le hagas ni caso, Danica.

–Mi padre considera que su propósito en la vida es hacernos reír –explicó Winston–. Ven, te enseñaré la casa mientras mi madre le da una tunda con el cucharón.

Cuando se dieron la vuelta, casi se chocaron con el niño que la miraba, sorprendido.

–Me alegro de volver a verte, Jamesy. Twig y yo estamos esperando que vayas a visitarnos.

–Twig viene por aquí de vez en cuando.

–¿Ah, sí? Pues me alegro. Te echa de menos. Ya decía yo que a veces desaparece…

–Le gusta explorar –explicó Jamesy.

Danica sonrió.

–Ya veo. Pero aun así, me gustaría que fueras a visitarme. Quizá mientras tu padre está reuniendo el ganado.

–A lo mejor –dijo el niño, antes de salir corriendo.

–Es tímido –explicó Winston–. Pero cuando alguien le cae bien…

«El pobre niño necesita una madre». Aquel pensamiento la sorprendió.

Pero prefirió no pensar más en ello. El salón de los Champlain era grande y bien amueblado, con dos sofás, un sillón y una vieja estufa de hierro.

–¡Una estufa antigua!

–Por aquí no es fácil encontrar madera, así que es mejor usar carbón para calentarse. Pero no es tan antigua como parece. Mi padre la compró en una subasta, en Saint Louis.

También había un viejo reloj de pared, una mecedora, un candelabro hecho de cuernos de ciervo y muchas fotografías: retratos, paisajes… Algunas eran muy buenas. Pero lo que más sorprendió a Danica fue el mural que había en la habitación de Winston.

–¿Quién lo ha pintado? –preguntó, sorprendida.

Los peones y el ganado parecían moverse. Incluso el viento parecía real.

–Yo.

–¿Tú?

Winston se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Me gusta pintar.

Danica se acercó para examinar de cerca el mural.

–¿Y con qué pintas?

–Con acrílico. Me gusta más pintar directamente en la pared, aunque hay que darle retoques de vez en cuando porque la pintura

se agrieta.

–No sabía que tenías una vena artística.

Él se quitó el sombrero, incómodo.

–La mayoría de los vaqueros la tienen. Unos tocan la armónica, otros la guitarra… Mi padre hace fotos. Las que has visto en el pasillo son suyas.

–Sí, me he fijado. Y algunas son asombrosas.

–Voy a enseñarte una del cañón –dijo Winston entonces, llevándola de nuevo al pasillo–. ¿Ves? Estaba amaneciendo y consiguió reflejar todos los colores del cielo.

–Es una maravilla.

–¿Has estado alguna vez en Arizona?

–No.

Él la miró, sorprendido.

–¿No me digas que nunca has visto el Cañón del Colorado?

–Pues no.

–¿Y el de Wyoming?

–Tampoco.

–¡Eso no puede ser!

–Pensaba ir –se defendió Danica–. La verdad es que pensaba ir con Dorinda y no… no me apetecía mucho ir sin ella.

–Pues entonces tendrás que ir conmigo –sonrió Winston.

–No puedo.

–¿Por qué no?

–¡No puedo ir contigo a ninguna parte!

–Claro que puedes –replicó él, volviéndose hacia la escalera.

Danica lo siguió, prácticamente corriendo.

–No puedo ir sin mi hermana.

Winston se detuvo tan bruscamente que se chocaron.

–Eso es una bobada. A tu hermana no le haría gracia que te encerraras en casa.

El corazón de Danica latía con tal fuerza que casi no podía respirar.

–¿Y tú cómo sabes lo que le haría gracia a Dorinda?

–Si te quería, y estoy seguro de que sí, no le gustaría verte sola y aburrida. A mí me parece que tu hermana disfrutaba demasiado de la vida como para entender que alguien se negara a hacerlo. Sé que fue con Bud al Cañón y estoy seguro de que querría que tú también

vieras ese paisaje.

Dorinda le había propuesto ir al Cañón precisamente porque era un lugar precioso. Y querría que ella también lo disfrutara.

–Es que… no estoy preparada.

–Cuando lo estés, yo te llevaré –sonrió Winston.

Jamesy llegó corriendo en ese momento.

–¡La cena!

Danica intentó apartarse, pero él la tomó por la cintura.

–Ahora vamos, hijo.

El niño los miró durante un segundo y después se dio la vuelta sin decir nada.

–Es hora de cenar –murmuró Winston, mirándola a los ojos–. Pero yo prefiero tomar antes el postre.

Y después de decir eso, se inclinó para buscar su boca. ¿Por qué no podía apartarse?, se preguntó Danica, cerrando los ojos. La respuesta era muy sencilla: porque le gustaba aquel hombre. Le gustaba muchísimo.

Cuando él se apartó, la invadió una extraña sensación de tristeza. Afortunadamente, Winston no pareció notarlo.

Buck bendijo la mesa e inmediatamente después de que Madge hubiera servido el asado, los dos hombres se pusieron a comer como lobos. Lo que no entendía era cómo Winston conservaba un estómago tan plano. Pero la verdad, el asado se derretía en la boca. Jamesy también comía lo suyo, de modo que Madge fue la encargada de darle conversación.

Era una mujer encantadora. Estar con ella era como estar con una vieja amiga y, al final de la cena, Danica se sentía como en casa.

Después de tomar café, todos contribuyeron a limpiar la mesa. Ella observó que padre e hijo intercambiaban una mirada de complicidad y le hubiera gustado preguntar por qué, pero no pensaba hacerlo.

–Papá, ¿por qué no vamos al salón? Quiero hablar contigo –dijo entonces Winston.

Buck asintió, sin poder disimular un gesto de sorpresa.

–Claro, hijo. ¿Podéis arreglaros solas aquí?

–¿Tú qué crees? –sonrió Madge.

Danica los vio salir de la cocina. ¿Por qué tenía la impresión de

que iban a hablar de ella? Entonces entendió: su rancho. Winston iba a decirle a su padre que comprase el rancho Thacker. Tenía que ser eso. Aliviada, siguió ayudando a Madge a limpiar los platos.

–Puedes ir con ellos si quieres –dijo la mujer–. No me importa hacerlo sola.

–Prefiero ayudarte.

–Me alegro. No tengo muchas oportunidades de charlar con otra mujer. Mis chicos son toda mi vida, pero son hombres, ya sabes.

–Entiendo –sonrió Danica.

Cuando todo estuvo limpio y seco, se sentaron a la mesa para tomar otro café.

–Me alegro de que Winston te haya invitado a cenar.

–Creía que me habían invitado ustedes

–Bueno, yo quería conocerte, pero la idea de invitarte a cenar fue de mi hijo –sonrió Madge–. Debiste pasarlo muy mal cuando murió Dorinda.

Los ojos de Danica se llenaron de lágrimas.

–Sí. Francamente, creí que nunca podría…

Lo que había estado a punto de decir la sorprendió. Aún no había superado la muerte de su hermana. No podía ser.

La madre de Winston pareció leer sus pensamientos.

–Nunca se supera una cosa así, pero uno se acostumbra. Hay que vivir, hija. Hay que seguir viviendo, seguir amando… Y no por eso se deja de querer a los que se ha perdido.

–¿Lo cree de verdad?

–Claro que sí.

Le gustaba oír eso de labios de aquella mujer. No lo decía por decir, estaba segura. Su experiencia de la vida debía haberle enseñado muchas cosas.

–Gracias. Veo que lo que Dori decía de usted era cierto.

–Tampoco hice gran cosa por ella –sonrió Madge.

–Hablaba sobre usted y sobre Winston todo el tiempo.

–Más de Winston que de mí, seguro –murmuró la mujer. Después, se puso colorada–. Perdona, no quería criticarla. Dijera lo que dijera Dorinda, seguro que lo decía de corazón.

–Sí, claro. Usted le caía muy bien.

–¿Y qué tal te cae a ti la gente de por aquí? Winston me ha dicho que Nellie Summers te llevó un pollo el otro día. La llamamos

«el tornado humano», pero detrás de esa mole de carne se esconde un corazón de oro.

Madge había cambiado de conversación a propósito y no sabía por qué. Estaba segura de que el comentario de la amable mujer sobre su hermana había sido una crítica. La cuestión era porqué. ¿No le caía bien Dorinda? ¿O era algo más? Quizá Madge no aprobaba la relación de su hijo con una mujer casada.

En realidad, conociendo a la madre de Winston, estaba completamente segura de que la desaprobaría. Y él no haría nada que su madre no aprobase. Quizá aquella relación había sido un invento de su hermana, algo que le habría gustado, pero que nunca pudo conseguir.

Seguía pensando en ello mientras volvía a casa, aunque debía pensar en otras cosas. Buck parecía entusiasmado con la idea de expandir su rancho, pero no sabía si era una buena inversión y había sugerido la idea de alquilarlo. Danica le prometió pensar en ello.

Pero no podía dejar de pensar en Winston y en su hermana. Decirse a sí misma que ya no importaba no valía de nada porque no podía dejar de darle vueltas al asunto.

–Ya hemos llegado.

–¿Eh?

De repente, alguien le quitó el cinturón y cuando volvió la cara, se chocó con la nariz de Winston.

–A mis padres les has caído muy bien –murmuró él–. Ya lo sabía yo.

Después de eso, buscó su boca y Danica se encontró besándolo sin vergüenza alguna. Pero cuando sintió la mano del hombre sobre sus pechos, se incorporó de un salto, nerviosa. Sin decir nada, abrió la puerta de la furgoneta.

–¿A dónde vas? Espera un momento…

–¡No! No te molestes en acompañarme.

–¿Te encuentras bien?

–Perfectamente –contestó ella, dirigiéndose al porche a toda velocidad–. Gracias por la cena.

–Nos veremos mañana –se despidió Winston.

–Adiós.

Danica solo respiró tranquila cuando oyó que ponía la furgoneta

en marcha. Solo entonces se sintió a salvo.
¿A salvo de qué?, se preguntó.
De sí misma.

Capítulo 7

DE NUEVO, llegaba temprano. Muy temprano. Y no tenía prisa por reunir al ganado, más bien había llegado temprano porque quería pillarla recién levantada, calentita y dispuesta a caer en sus brazos.

Estaba todo medio planeado. Cuando abriese la puerta, medio dormida, intentaría convencerla para que volvieran a la cama. Juntos. A juzgar por cómo lo había besado la noche anterior, estaba seguro de que no le costaría mucho trabajo. Desde luego, por la noche la había asustado un poco, pero seguro que ya se había acostumbrado a la idea. Y le gustaba que Danica no fuera fácil. Eso significaba que era especial, única.

Esperaba sonriendo, imaginándola entre las sábanas. Pero cuando la puerta se abrió, un poco más rápido de lo que había esperado, se llevó una desilusión. Danica estaba vestida y preparada para empezar el día.

–¿Qué miras? –preguntó, casi desafiante.

Winston estaba tan desilusionado que le costaba hablar.

–¿Me invitas a un café?

–No, se me ha terminado.

De repente, Winston no estaba solo desilusionado, sino furioso.

–¿Qué demonios te pasa?

–¿A mí? Mira, ya te he dicho varias veces que no me interesas… –empezó a decir ella, moviendo las manos en círculos–. No quiero seguir hablando del tema. Haz lo que tengas que hacer y no me molestes.

Después de eso, sencillamente cerró la puerta.

Winston se quedó mirando, se dio la vuelta y después se volvió de nuevo, dispuesto a tenerla con ella. Pero la puerta estaba cerrada con llave. ¡Había cerrado con llave! Durante unos segundos, se quedó con el picaporte en la mano, intentando soportar el rechazo.

Y por fin, como si hubiera puesto el piloto automático, se dio la vuelta.

Danica contuvo el aliento durante tanto tiempo que estuvo a punto de ahogarse. Pero en lugar de sentirse aliviada, se sentía fatal. Tenía todo el derecho del mundo a darle con la puerta en las narices. Y, sin embargo, eso no hacía que se sintiera mejor.

Decidida a hacer algo, sacó las cosas de Bud de los armarios y las guardó en el trastero. Después, organizó la despensa y los armarios de la cocina, aunque no sabía por qué, ya que no pensaba quedarse. Después, movió los muebles e incluso sacó las alfombras para sacudirles el polvo con una escoba.

A pesar de todo ese ejercicio, seguía sintiendo una extraña inquietud. Y durante los días siguientes, no tenía tanto que hacer como para no ver a Winston yendo y viniendo.

Intentaba convencerse a sí misma de que prefería que no fuera a verla, pero no era capaz. Cuando estaba segura de que él no estaría por allí, iba a dar de comer a los animales y comprobaba si Winston estaba haciendo progresos con las vacas.

En el corral solo había veinte y eso hacía que se sintiera como una traidora. Tan mal estaba que decidió ofrecerle su ayuda al día siguiente. Era una niñería no ayudarlo cuando obviamente la necesitaba. Además, razonó, de ese modo terminaría antes y no tendría que verlo por allí todos los días.

Pero al día siguiente, Winston no apareció hasta después de comer.

Danica estaba bañando a Twig, que había vuelto de una de sus excursiones oliendo a demonios, en un barreño de metal. El animal empezó a ladrar al ver el camión y ella le hizo un gesto con la mano, pero Winston pasó a su lado sin detenerse.

La decepción se mezcló con el bochorno. Le daba igual. Al fin y al cabo, no habría podido ayudarlo aquella tarde porque tenía que bañar a Twig. Pero la humedad que tenía en la cara no era solo el agua jabonosa.

A la mañana siguiente, reunió valor para ir al corral mientras él estaba allí. Sabía muy bien lo que iba a decirle. Tenía un par de horas libres y estaba dispuesta a ayudarlo.

Cuando llegó al corral, se sorprendió al ver que no estaba solo. Había otro hombre con él. A pesar de todo, Danica se ofreció a ayudarlos. Y la respuesta no fue la que esperaba.

–No hace falta –dijo él, sin mirarla–. Bish y yo podemos hacerlo solos.

–¿Bish?

Winston señaló al hombre, que estaba ensillando un caballo.

–Bishop, mi vecino. Si fueras a quedarte por aquí, te lo presentaría. Pero como piensas marcharte…

Después de eso, subió a la silla de un salto. Rompehuesos protestó, como siempre, pero él lo controló con mano firme.

Danica volvió, derrotada, a su casa.

Pasaron dos días hasta que volvió a hablar con Winston. Dos largos y solitarios días durante los cuales cocinó un poco, leyó un poco y dio paseos con Twig. Por alguna inexplicable razón, el perro no se movía de su lado, como si intuyera que necesitaba compañía. Y ella se lo agradecía de todo corazón. De hecho, la idea de dejarlo allí cuando se fuera empezaba a dolerle, pero sabía que no podía llevárselo a Dallas.

Estaba sentada en el porche cuando vio que Winston se dirigía a la casa. Quitándose el sombrero para secarse el sudor de la frente, se acercó, con espuelas y todo.

–Hemos terminado.

–¿Ya?

–Me gustaría que fueras al corral para dar tu aprobación antes de que me lleve el ganado a casa.

–Muy bien.

Winston se dio la vuelta, pero Danica se quedó sentada. Solo la mirada de Twig, que parecía decir: «¿a qué esperas?», la hizo levantarse.

En el corral había dos hombres a caballo. Seguramente, esperando una palabra de Winston para empezar a sacar a los animales. Los peones se quitaron el sombrero al ver a Danica y ella los saludó con la cabeza. Después, se puso a contar: veinticinco vacas, cinco toros y diez terneros.

–¿Qué es esto?

–Cuarenta cabezas –contestó él, sacando un papel–. Firma aquí.

Danica ni siquiera miró el papel. En lugar de hacerlo, se cruzó de brazos.

–No pienso firmar. Dijimos que dividiríamos los terneros a medias.

Winston respiró profundamente, como buscando paciencia.

–He cambiado de opinión.

–¡De eso nada!

–Mira, estos chicos tienen cosas que hacer y yo también. Firma el maldito papel de una vez.

–No es justo.

–Justo o no, ya está hecho.

–Pero yo quiero darte lo que te corresponde.

–¿Y por qué ibas a hacer eso?

–Porque es lo que Dorinda hubiera querido –contestó Danica.

Lo que no le dijo era que también ella quería hacerlo, que lo había echado de menos, que quería volver a pasear con él a caballo…

–Muy bien. Seguiremos buscando mis terneros durante semanas. ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer?

Ella miró hacia el corral. Tardarían semanas. Semanas.

–No sé si tienes algo mejor que hacer. Pero lo que es justo, es justo.

Winston la miró de arriba abajo y después se echó el sombrero hacia atrás.

–Me parece que no lo entiendes. Podría tardar semanas en encontrar los terneros que me pertenecen. Y luego hay que marcarlos. Además, alguien tiene que ocuparse de ellos, de los que estén en el corral y los que estén pastando. Y de los que están en mi rancho. Si me paso el día buscando terneros, no podré encargarme de alimentar a mi ganado.

–Yo les daré de comer.

–¿Ah, sí? ¿Eso significa que pagarás a alguien para que lo haga o lo harás tú misma?

Danica se imaginó yendo al rancho Champlain todos los días, quizá tomando una taza de café con Madge, conociendo a Jamesy, viendo a Winston ir y venir… Todo eso le apetecía mucho.

–Haré lo que haga falta.

–Mira, podemos hacerlo de otra forma. Mi padre sugirió alquilarte el rancho, pero yo he pensado que quizá sería mejor asociarnos. Podría ayudarte a llevar este rancho, Dani. Juntaríamos

el ganado, haríamos el corral más grande… El tuyo es más pequeño que el Champlain, pero a los dos nos vendría bien. Juntos, podemos tener un rancho estupendo.

Juntos. Socios. Socios para siempre. Un futuro. Danica sintió pánico. Y, además, la había llamado «Dani».

–No puedo atarme a este sitio, Winston. No puedo.

Los ojos grises se volvieron de acero.

–Ya veo.

–Quiero decir…

–Sé muy bien lo que quieres decir –la interrumpió él.

–No puedo quedarme.

–Muy bien. Pues nada, vuelve a Dallas. Yo me encargaré de todo.

–Eso no es justo.

–La vida no es justa. Los dos lo sabemos.

–Teníamos un acuerdo, Winston –insistió ella–. Yo siempre cumplo mis acuerdos y espero que tú hagas lo mismo.

–Recuerda que te he ofrecido una salida.

–Yo me hago cargo de mis responsabilidades –replicó Danica–. ¿A qué hora mañana?

–Estaré aquí a las seis.

¿A las seis?

–¿De la mañana?

–No, a las seis de la tarde –replicó él, irónico.

Danica se irguió, orgullosa.

–Muy bien. Estaré lista.

–Ya lo veremos –murmuró Winston, volviéndose hacia sus hombres–. Vamos a llevarlos por el este. Nos vamos a casa –dijo en voz alta. Después, se volvió hacia ella de nuevo–. Será mejor que te apartes. Algunas de estas vacas tienen mal genio.

Danica hubiera querido discutir, pero sabía que tenía razón. De modo que se subió a la cerca y observó cómo sacaban el ganado del corral. Era toda una empresa, con los perros corriendo alrededor de las vacas y los hombres gritando para señalar el camino.

Se quedó allí, mirando, hasta que no quedó nada más que el polvo. Después, saltó de la cerca y volvió a casa, contenta al ver que Twig seguía a su lado.

No dejaba de preguntarse en qué lío se había metido. Por otro

lado, tenía varias semanas para enterarse. Y el alivio que sintió al pensarlo era abrumador.

Winston sabía que se había metido en un buen lío.

No estaba seguro de si Danica cumpliría su palabra, pero de lo que sí estaba seguro era de que no quería saber nada de él. Aunque le gustase, y estaba seguro de que era así. No era la primera mujer que lo rechazaba, pero había creído que con ella sería diferente.

Por desgracia, sus propias emociones eran más difíciles de gobernar. Se debatía constantemente entre el deseo de besarla y el de darle un par de gritos. Parecía haberse vuelto masoquista porque, a pesar de todo, estaba deseando verla. Tanto, que tuvo que conducir despacio para no llegar a su casa antes de las seis.

Cuando llegó, Dani estaba en el porche, con una taza de café en la mano.

–Buenos días –lo saludó.

–¿Has dormido bien?

–Sí.

Aparentemente, se había despertado tan temprano como él. Y los caballos ya estaban ensillados. Los dos. El gesto de satisfacción en el rostro femenino de Danica era como para estrangularla. O besarla.

–¿Cómo lo has hecho?

–¿Sabes que a tu caballo le gustan los dulces?

–¿A Rompehuesos?

–Sí. Como lo dejaste aquí ayer, fui a darle unas galletas y se volvió loco.

Winston sacudió la cabeza, asombrado.

–Sabía que le gustaban las manzanas, pero no sabía que la clave para domarlo eran las galletas.

–Esta mañana se ha comido media docena de caramelos.

Él no pudo evitar una sonrisa. Le daba caramelos a su caballo.

–Y pensar que podría haberme ahorrado un montón de cardenales solo con un par de caramelos…

–Pero los que más le gustan son los de café con leche.

Winston soltó una carcajada. Caramelos de café con leche. Solo a Dani podía ocurrírsele una cosa así.

Durante los primeros días, solo encontraron un par de vacas. Pero poco después, casi habían llenado el corral. Aparentemente, Bud le había robado más de lo que creía.

Winston se apoyó en la cerca, pensativo. No deberían haber tardado tanto, pero con Dani a su lado no podía concentrarse. Y eso que ella era asombrosa. Tanto que parecía haber nacido para mover ganado. Y le encantaba verla trabajar.

Pero temía haberse enamorado de ella porque sabía que no iba a poder retenerla. Como no pudo retener a Tammy.

–¿Dónde crees que se han metido las vacas que vimos ayer?

Winston se encogió de hombros.

–Ni idea. Ese es el problema con las vacas, que tienen patas.

Danica empezó a estirarse de tal forma que los botones de su camisa parecían a punto de estallar. Winston tuvo que apartar la mirada.

–Las encontraremos.

Él supo entonces que había llegado al límite. Incluso el placer le producía dolor últimamente. Era horrible estar con ella y no poder tocarla. Había llegado el momento de detener aquella tortura.

–Yo las encontraré. No hace falta que vengas. Y mañana o pasado me llevaré estas al rancho.

Danica se había quedado quieta. Tan quieta que tuvo que mirarla. Su femenino rostro era como un libro abierto, en el que podía leer sus emociones: confusión, pena, aquiescencia.

–Muy bien –dijo por fin–. Pero puedes dejar estas aquí hasta que hayamos encontrado a las demás.

–Mejor no. No voy a poder venir durante unos días. Tengo trabajo en otro sitio.

–No importa. Yo puedo darles de comer –murmuró Danica, acercándose.

Winston tenía que marcharse de allí antes de hacer o decir algo de lo que se arrepentiría más tarde.

–Enviaré a uno de mis peones para que les dé de comer.

Danica corrió tras él. Tonta. No sabía que estaba a punto de estallar.

–Winston, he estado pensando… en el rancho.

–¿Y?

–En la sociedad que me propusiste el otro día.

–¿Has cambiado de opinión? Porque podríamos hacerlo funcionar. Trabajamos bien juntos.

Por un momento, pensó que ella iba a aceptar, pero entonces Danica negó con la cabeza.

–No. He pensado que es mejor vender. Y me gustaría venderte el rancho a ti.

A Winston le costaba trabajo respirar. La desilusión era tan grande…

–Hablaré con mi administrador –dijo, con brusquedad–. Pero no te hagas ilusiones. Deberías ir a ver a un agente inmobiliario para que ponga tu rancho en el mercado.

Ella se mordió los labios.

–¿Conoces a alguno?

–Yo que tú llamaría a Tate Collins.

–Muy bien. Gracias.

Winston se alejó, más triste que nunca. ¿Cómo podía haberle pasado otra vez?, se preguntaba. Después de Tammy, debería haber aprendido la lección. Después de Danica… ni siquiera quería pensar en ello.

–Lo siento, señorita Lynch –le dijo el hombre, con las manos en la hebilla del cinturón–. Haré lo que pueda, anuncios en los periódicos, en Internet… Pero me temo que tardará un año o más en vender ese rancho. Lo mejor que puede hacer es vender el ganado y vivir allí durante ese tiempo. O llegar a un acuerdo con alguno de los vecinos.

–Había pensado en ello. Incluso he hablado con los Champlain.

Tate Collins asintió con la cabeza.

–Abe Summers podría estar más interesado. Buck Champlain sufrió un accidente hace unos años y tuvieron que hipotecar el rancho para pagar las facturas del hospital. Buck es un hombre cauteloso y sé que no quiere dejar a su hijo cargado de deudas cuando muera. Aunque no tiene ninguna gana de morirse, claro.

Danica sonrió.

–Sí, claro.

–Yo podría hablar con Abe Summers si quiere –sugirió el señor

Collins.

–Mejor vamos a esperar un poco. Los Champlain aún no me han dicho que no.

–Muy bien. Llámeme cuando quiera empezar con los anuncios.

–Lo haré. Gracias, señor Collins.

El hombre, no mucho más alto que ella, tuvo que poner su enorme barriga sobre el escritorio para estrecharle la mano. A pesar de ello, inspiraba confianza.

–Encantado, señorita Lynch.

Danica se dio la vuelta, pero había algo rondando su cabeza.

–¿Puedo hacerle una pregunta?

–Sí, claro.

–Usted parece saber mucho sobre ranchos.

–Por supuesto –rio él–. Crecí en el más grande de la comarca.

–¿Cree que una mujer sola podría llevar un rancho como el mío… hasta que lo venda?

Tate Collins inclinó su calva cabeza.

–No. Pero tampoco un hombre solo. Por eso los rancheros se ayudan unos a otros.

–Ya veo –murmuró Danica.

–Pero podría apuntarse en la Asociación y así la ayudarían. El problema es qué ofrecería usted a cambio.

–Sé montar a caballo y mover ganado. Lo aprendí de pequeña, en el rancho de mi padre. He estado ayudando a Winston Champlain y él dice que se me da muy bien.

El hombre sonrió.

–Vaya, Win ha encontrado una chica. Buen hombre, Winston. Me alegro de que se haya animado. Mi hija Nancy estaba interesada en él, pero después de lo de Tammy… Win no quería mirar a ninguna mujer. Una vergüenza lo que le hizo su esposa.

Danica pensó que debía aclarar la situación.

–No, nosotros no…

–Mi hija lleva dos años casada –la interrumpió Collins–. No se preocupe, Winston cuidará de usted. Es un buen hombre.

Ella abrió la boca para protestar, pero estaba segura de que no iba a escucharla. De modo que se despidió con un gesto y salió de la agencia.

Tate Collins parecía creer que Abe Summers podría estar

interesado, pero no le parecía justo hablar con él antes de que los Champlain le hubieran dado una respuesta.

Lo que le rondaba la cabeza era lo que el hombre había dicho sobre otro tema. Según Collins, Winston no había querido saber nada de las mujeres desde que Tammy lo dejó. Pero ¿qué sabía él? Rawlins estaba a media hora del rancho y si Dorinda y Winston habían mantenido una relación, sobre todo estando ella casada, no se habría enterado nadie.

¿Habría inventado su hermana esa relación?

No podía saberlo a ciencia cierta. Y, aunque quería que así fuera, no podía estar segura.

Capítulo 8

DURANTE dos días, Danica no vio a nadie. Se ocupó de los animales, dio paseos y leyó mucho. Dormir era un problema porque no podía dejar de pensar en Winston Champlain… y en su futuro.

Al tercer día, casi a la hora de la cena, se sobresaltó al oír un coche parando frente a la casa. A pesar de tener la música a todo volumen, el sonido era inconfundible. Dejando el libro a un lado, apagó la radio y se levantó del sofá. Lo que vio en el porche la dejó boquiabierta.

–¡Michael!

–¡Gracias a Dios! –exclamó el hombre, al verla–. No sabía si el hombre al que prácticamente he tenido que torturar me había dicho la verdad.

Danica estaba perpleja. Michael. Su ex marido. Allí, subiendo los escalones del porche. Con unos pantalones bien planchados, camisa de seda, mocasines italianos, el pelo rubio peinado a la perfección y los ojos azules brillando como zafiros. Lo único que le faltaba era la bata y el estetoscopio.

–Estás muy guapa.

Danica dejó que la abrazase. Era fácil llevarse bien con Michael… hasta cierto punto.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–He venido a buscarte. O, más bien, a llevarte conmigo a casa –contestó él, con aquella voz suave y profundamente masculina.

Afortunadamente, ella era inmune a esa voz. Mike la soltó y entró en la casa. Ni siquiera se le ocurrió esperar una invitación.

–¿Qué pasa, Michael? ¿Tienes un ratito entre enfermera y enfermera? –preguntó, irónica.

Él la miró a los ojos, con aparente sinceridad.

–Pagaré por mis pecados durante el resto de mi vida… de buena gana, si tú me perdonas. Lo que te hice no solo te dolió a ti, me dolió a mí también. Perderte me ha roto el corazón.

Danica sabía muy bien lo vacío que estaba el corazón del buen

doctor.

–Te perdoné en cuanto me di cuenta de lo poco que me importabas. Y eso fue hace… cuatro años, creo.

La expresión del hombre era tan triste que, por un segundo, ella estuvo a punto de creer que era sincera.

–Cuatro largos años sin ti.

–Largos, sí. Pero no has dicho «solitarios» años.

Al menos, Mike tuvo suficiente sentido común como para no negarlo.

–Ninguna de esas mujeres podía compararse contigo.

–Las mujeres, para ti, son intercambiables. Como los cromos.

Su ex marido dio un paso hacia ella.

–Eso no es verdad. Al fin y al cabo, solo me casé contigo, ¿no?

–Sí, pero no soy la única a la que has engañado.

Michael cerró los ojos, con un gesto de dolor. ¿De dolor? Más bien, intentaba disimular el placer que le producía, que le había producido siempre, ser un mujeriego. El pobre no lo podía evitar.

–Ah, Dani –susurró, acercándose un poco más–. Si pudiera hacerte entender lo que significas para mí. ¿Por qué crees que convencí a Isling para que me hiciera socio de la clínica?

–¿Para conocer más enfermeras?

–No digas eso. Nunca he amado a otra mujer como te amo a ti y quiero que vuelvas conmigo. Desesperadamente. He intentado decírtelo muchas veces, pero… la trágica muerte de tu hermana me impidió seguir insistiendo. Y entonces, desapareciste –suspiró Mike–. No sabes cuánto te he echado de menos.

–La consulta es un caos, ¿no?

–Absoluto –admitió él con una sonrisa. Era la primera verdad que había dicho hasta el momento–. Pero no es por eso por lo que estoy aquí. Te necesito, Dani. De verdad.

–Lo que necesitas es una lobotomía si piensas que voy a creerme eso.

Mike se puso una mano sobre el corazón.

–Es verdad, te lo juro. Vuelve conmigo a casa.

Danica lo miró directamente a los ojos.

–No volvería contigo aunque fueras el único hombre en todo el planeta. Ni aunque yo fuera la única mujer. Aunque fuéramos los únicos seres humanos en todo el universo…

–Vale, vale. Te he entendido –la interrumpió él, disgustado. Después, sonrió, con aquella sonrisa que valía un millón de dólares–. Pero te probaré que he cambiado. Vuelve conmigo a casa, Dani.

Ella negó con la cabeza.

–No pienso volver por ahora.

Mike miró alrededor, sorprendido.

–Sí, ya veo que debe ser muy difícil abandonar este palacio –murmuró, irónico.

–Pues a mí me gusta.

–¿Te gusta esto?

–Si tanto te desagrada, puedes marcharte ahora mismo –replicó ella.

–No pienso irme hasta que prometas venir conmigo.

Danica se cruzó de brazos.

–Pues entonces, ya puedes instalar la tienda en el patio. En esta casa solo hay un dormitorio.

Los ojos del hombre se encendieron.

–Podríamos compartirlo. ¿No sería divertido? Piénsalo, tú y yo solos…

–Mientras no apareciera otra mujer por aquí.

Mike suspiró, impaciente.

–¿Y dónde voy a dormir? Este rancho está en medio de ninguna parte.

–¿Qué pensabas? ¿Tomarme en tus brazos y llevarme a un hotel de cuatro estrellas?

–Pues a mí no me pareció tan mala idea. No sabía que esto fuera un desierto. Pero ya que estoy aquí…

Rawlins estaba a media hora y seguramente los hoteles estarían completos, pensó Danica.

–Supongo que puedes dormir en el sofá por esta noche.

–¿En el sofá? –repitió él, incrédulo.

–No pensarás que voy a dejarte mi cama, ¿no?

Mike sonrió. Había convertido eso en un arte.

–¿De verdad no quieres compartirla? Sin compromisos… si eso es lo que quieres.

–Sin compromisos es tu especialidad, no la mía. Quizá lo has olvidado.

–No he olvidado nada. Recuerdo lo bien que lo pasábamos –murmuró, dando otra paso hacia ella.

Danica levantó una mano en señal de advertencia.

–Y yo no he olvidado lo mal que lo pasé. El sofá o Rawlins. No hay más opciones.

Su ex marido la miró, decepcionado.

–¿Esto es lo que consigo después de conducir durante veinte horas para encontrarte?

Ella levantó los ojos al cielo.

–Mira, Michael, nadie te ha pedido que vengas. Te he dicho muchas veces que no estoy interesada en volver contigo.

–Pero yo sigo queriéndote, Dani. Y estoy preocupado por ti.

Eso podría ser cierto. Michael la quería… hasta que aparecía otra en el horizonte.

–No te preocupes. Estoy bien. Y el sofá sigue disponible, si quieres.

Michael dejó escapar un suspiro.

–No es lo que esperaba, pero la verdad es que no podría volver a subir al coche. Estoy deshecho.

–¿Cómo me has encontrado, por cierto?

–Dorinda me habló de este sitio.

Danica lo miró, alarmada.

–¿Cuándo hablaste con mi hermana?

–Cuando volvió a Dallas –contestó él–. Después de su divorcio.

Dorinda jamás le dijo que hubiera hablado con su ex marido. Ni siquiera se había pasado nunca por la consulta.

–¿Dónde?

Michael se encogió de hombros.

–Un día fuimos a un bar para tomar una copa.

–¿Y eso?

–La llamé y le dije que quería verla. Necesitaba consejo.

–¿Sobre qué? –preguntó Danica.

–Sobre ti –contestó Mike.

–Dorinda no me dijo que os hubierais visto.

Él no la miró en silencio durante largo rato y Danica supo que estaba escondiéndole algo. Algo que, seguramente, ella no quería saber. Y que Michael tuvo la decencia de callar.

–La verdad es que me sirvió de poco. Dori solo quería hablar del

canalla de su ex marido. Tu hermana pensaba que tu ex marido era mucho mejor que el suyo, por cierto.

Danica sintió un escalofrío. Dori se había acostado con Michael… Estaba segura. Completamente segura. Aunque él no lo hubiera dicho.

–Bud es un canalla. Pero tú tienes suerte de que engañar a una esposa no sea un delito que se paga con la cárcel.

–Si no estuviera tan cansado, te rebatiría eso con argumentos –murmuró Mike, pasándose la mano por el pelo–. Además, tengo hambre.

–Tienes suerte de que no haya cenado todavía.

–Podríamos ir a cenar a algún sitio…

–Sí, claro. Al *Palace*, por ejemplo.

–¿Es que no hay nada por aquí?

–Campo y más campo.

–Qué horror –suspiró él.

Danica soltó una risita.

–Lo creas o no, me alegro de verte.

Mike le regaló su sonrisa de conquistador y ella dejó que creyera lo que quisiera creer. Llevaba tres días sin hablar con nadie y agradecía la compañía. Aunque fuera su ex marido.

Además, verlo en persona le había aclarado una cosa: Winston Champlain y Michael Lynch no tenían nada que ver. Era increíble que su experiencia con aquel hombre la hubiera hecho sentir miedo de enamorarse, de vivir… Pero Michael ya no era un problema. Era el pasado, poco más que un recuerdo amargo.

El futuro… no sabía lo que iba a depararle, pero sí sabía que Winston sería parte de él. Aunque solo fuera como vecino y amigo.

El tema de Dorinda y Winston seguía sin resolverse, pero había dejado de pensar que él era como Michael, un hombre sin escrúpulos que corría detrás de cualquier falda.

Y, por primera vez desde la muerte de su hermana, podía reconocer cómo era Dorinda sin sentir remordimientos. Dori era una chica encantadora, pero le gustaban demasiado los hombres. Incluso su ex marido. El silencio de Michael se lo había dicho todo. Pero ya no podía juzgarla. No tenía sentido.

–Ve a lavarte las manos.

Él se levantó para ir al baño, sonriendo como el famoso gato que

se comió al más famoso canario. Mientras lo esperaba, Danica metió en el horno una lasaña congelada que había comprado en Rawlins.

–Yo pondré la mesa –dijo Mike alegremente.

–Muy bien.

Mientras estaba colocando platos y vasos, un coche se acercó a la casa. Pero él no parecía haberlo oído.

–Como en los viejos tiempos, ¿eh? La verdad es que echo de menos llegar a casa por la noche y encontrarte allí…

Danica apenas lo escuchaba, concentrada como estaba en el sonido de unos pasos. Winston. Nerviosa, se secó las manos con un paño.

–Dani, ¿me estás escuchando? –preguntó su ex marido, dándole un beso en el cuello. Danica le dio un codazo–. ¡Ay!

–¡Déjame en paz!

Pero cuando levantó la mirada, se encontró con los ojos de Winston. La puerta de la cocina estaba abierta y él estaba en el porche, mirándola con dureza.

–Parece que vengo en mal momento.

–No, qué va –protestó ella.

–La cena aún no está lista –sonrió Michael.

–¿Quieres cenar con nosotros? –preguntó Danica.

–No, gracias. Solo he venido para traer unas balas de paja.

–Pues nada. Siga con lo suyo –dijo Mike, poniendo una mano sobre el hombro de su ex mujer–. Tus peones trabajan hasta muy tarde. Eres una negrera, Dani.

Danica lo miró como si quisiera fulminarlo.

–No es un peón, es mi vecino, Winston Champlain.

–Ah, perdón –se disculpó Mike, que lo había dicho con la peor intención del mundo, por supuesto–. Michael Lynch –dijo, ofreciendo su mano–. Encantando de conocerlo.

Winston estrechó la mano del hombre, sin dejar de mirar a Danica.

–Supongo que no… pasaba usted por aquí.

–Es muy difícil «pasar por aquí», ¿no cree? La verdad es que estaba perdido hasta que me encontré con un viejo muy raro que me dijo cómo llegar. Se llamaba Buck.

–¿Ah, sí? –replicó Winston. Ella cerró los ojos, mortificada–. Pues debía ser mi padre. Por cierto, mis padres me han dado un

recado para ti, Danica.

–Dime.

–Este domingo organizan una fiesta y querían invitarte.

–Me parece que el domingo ya no estará aquí –intervino Michael.

–¿Perdona? –replicó Danica, indignada.

–Cariño, sé razonable. Tenemos que volver a Dallas. La consulta está hecha un desastre sin ella –explicó Mike, dirigiéndose a Winston–. Y yo también.

Su vecino la fulminó con la mirada.

–Entiendo –dijo, antes de darse la vuelta.

–¡Winston!

–Mañana me llevaré el ganado del corral.

–Winston, espera.

Pero él subió a su furgoneta y arrancó a toda velocidad.

Cuando Danica se volvió hacia Michael, él la miraba con ese aire angelical que solo tenía cuando se portaba como un demonio.

–Un personaje curioso.

Ella estaba tan enfadada que apenas podía articular palabra.

–¡Si vuelves a hacer una cosa así, juro que te estrangularé con tu estetoscopio!

–¿Qué?

–¡Sabes muy bien de qué estoy hablando! ¡Lo has echado de aquí!

–¿Yo?

–¡Tú!

–Pero si he sido muy amable…

–Le has hecho pensar que estábamos juntos.

–Le he hecho pensar que eso es lo que yo quería. Y no miento. Si ha pensado que la competencia era demasiado para él, ¿yo qué culpa tengo?

Sabiendo que era inútil seguir discutiendo, Danica cerró los ojos.

–Te quiero fuera de aquí mañana.

–Ya veremos.

–No, ya veremos, no. Mañana –repitió ella.

Michael puso su mejor cara de ángel.

–¿Podemos cenar?

–Te daré de cenar. Y mañana, puedes tomar un café. Pero

después, te largas de mi casa. ¿Entendido?

–Lo que tú digas.

Danica pasó a su lado, sabiendo que cualquier cosa que comiera aquella noche iba a saberle a cenizas.

La luz del sol la despertó. Estaba agotada después de dar vueltas y vueltas en la cama durante toda la noche.

Se había acostado temprano para no tener que seguir viendo la cara de Mike, pero no podía dejar de pensar que debería haberle dicho algo a Winston, que debería haber hecho las cosas de otra forma.

Todo ocurrió demasiado rápido y no supo reaccionar.

Pero seguía deseando estrangular a Michael. Sobre todo, cuando entró en la cocina y lo encontró preparando alegremente unos huevos revueltos. En calzoncillos.

–¡Buenos días! –la saludó él.

–¡Fuera de aquí!

Mike le sirvió una taza de café, tan contento.

–¿Todo el mundo en Wyoming se despierta de tan mal humor?

–¿Qué quieres decir?

–Que tu vaquero casi me arranca la cabeza esta mañana.

Danica estuvo a punto de soltar la taza.

–¿Winston ha venido por aquí?

Michael se apoyó en la repisa, suspirando.

–Hace un rato.

–¿Y tú has abierto la puerta así? –preguntó ella, señalando los calzoncillos.

–No esperarías que durmiera con la ropa puesta, ¿no?

Danica cerró los ojos.

–¿Qué le has dicho, Mike?

–Que estabas durmiendo.

Podía imaginar lo que Winston habría pensado.

–Tendré que hablar con él.

Danica salió al porche, furiosa. Al lado del corral había tres remolques, uno de ellos de los Champlain. Cubriéndose los ojos con la mano para evitar el sol, vio tres hombres a caballo, ninguno de ellos Winston. Pero sí a Jamesy jugando con Twig, que había

desaparecido, como era su costumbre, el día anterior.

–¡Jamesy!

El niño levantó la mirada y cuando ella le hizo un gesto, se acercó corriendo.

–Buenos días, señorita Lynch.

–Hola, Jamesy. ¿Dónde está tu padre?

–Intentando atrapar a un ternero que se ha escapado.

–Ya veo. ¿Podrías hacerme un favor?

–Sí, claro.

–Ve a buscar a tu padre y dile que quiero hablar con él. Es muy importante.

–Vale. Vamos, Twig –dijo el niño, corriendo de nuevo hacia el corral.

Danica volvió a la cocina y encontró a Michael comiéndose los huevos revueltos tan tranquilo.

–Vístete.

–En cuanto termine…

Irritada, ella se acercó, le quitó el plato y tiró el contenido a la basura.

–He dicho que te vistas. No quiero que Winston te vea en calzoncillos otra vez.

Michael se quedó mirándola durante largo rato. Después, se levantó y salió de la cocina sin decir una palabra.

Danica dejó escapar un suspiro. ¿Qué podía decirle a Winston, que su ex marido se había instalado allí por cuenta propia?

Un rato después, Michael volvió aparecer, vestido y peinado. Y con la bolsa de viaje en la mano.

En ese momento, escuchó unos ladridos frenéticos y tuvo un presentimiento. Algo estaba pasando. Algo malo.

Twig apareció entonces en el porche, ladrando furiosamente.

–¿Qué pasa, chico?

Un hombre apareció tras él. Era Bish, el vecino de Winston.

–¡Es Jamesy! Se ha caído en el corral y las vacas lo han pisoteado.

Danica se llevó la mano a la boca, pero no esperó un segundo más para salir corriendo. Perro y hombre la siguieron, mientras Michael abría la puerta de su coche, seguramente para sacar el maletín.

–¿Cómo ha ocurrido? –preguntó Danica, sin dejar de correr.

–Se cayó de la cerca –contestó Bish.

Michael los adelantó a toda velocidad. Era imposible como persona, pero también un buen médico. Y, seguramente, lo único a lo que era fiel en la vida era a su amor por los niños.

Cuando llegaron al corral, Winston y Michael estaban inclinados sobre Jamesy. Tontamente, Danica observó que el sombrero favorito del niño estaba aplastado.

Un accidente. Jamesy había sufrido un accidente fatal. Igual que Dorinda. Y ella lo había enviado a buscar a Winston…

–¡Ay! ¡Me duele!

¡Estaba vivo! Danica se dejó caer al suelo de rodillas, ahogando un sollozo. Winston la miró y ella vio en sus ojos miedo, angustia y alivio. Y algo más que no pudo reconocer hasta que el hombre alargó la mano para tomar la suya.

Y entonces supo, sin ninguna duda, que esa era su casa. Y aquella, su familia.

Capítulo 9

DANICA sonrió al niño, como solía hacerlo cuando trabajaba en la consulta para calmar a sus pequeños pacientes. Pero había mucho más en esa sonrisa.

Michael había abierto el maletín y estaba sacando el estetoscopio.

–El doctor Lynch va a hacerte un reconocimiento, Jamesy.

El niño intentaba hacerse el fuerte, pero las lágrimas corrían por sus mejillas sin que pudiera evitarlo.

–¿Es médico?

–Sí, es pediatra. Y es muy bueno.

Michael la miró, sorprendido. Pero Danica no sabía por qué.

–¿Este es tu perro? –le preguntó al niño, mientras comprobaba si el hueso de la muñeca estaba roto.

–No. Es de la señorita Lynch.

–Pero lo compartimos, ¿verdad, Jamesy?

–¿Te duele aquí? –preguntó Michael, tocándole el cuello.

–No.

–¿Y aquí?

Siguió así, comprobando que el niño no tenía ninguna fractura seria, hasta llegar a la pierna. Jamesy lanzó un grito cuando intentó moverla. Michael miró a Danica y ella supo lo que tenía que hacer.

Mientras él le sacaba la camisa del pantalón para comprobar si había hinchazón en el abdomen, sin dejar de hablar todo el tiempo para distraerlo, Danica le quitaba las botas.

El niño estaba asustado, pero era fuerte e intentaba no llorar. Seguramente, para no preocupar a su padre.

Cuando le quitó el calcetín, vio que tenía el tobillo izquierdo muy hinchado. Afortunadamente, había hielo en la casa.

Michael le puso el estetoscopio sobre el corazón y después lo bajó un poco. Danica sabía que estaba escuchando sus pulmones, para ver si se habían encharcado.

Twig parecía saber que debía permanecer en silencio y,

sentándose sobre sus patas traseras, cerró la boca, respetuoso.

–Todo parece estar bien –dijo Mike por fin, mirando a Winston. Después, sacó una diminuta linterna para comprobar las pupilas del niño–. No pasa nada, chaval. Ahora, a ponerte hielo en el tobillo y en la muñeca.

–Gracias a Dios –murmuró Winston.

–Hay que moverlo con mucho cuidado.

Su padre le pasó una mano por debajo de los hombros y otra por debajo de las piernas y lo levantó cuidadosamente. A pesar de todo, Jamesy emitió un gemido y Twig, por simpatía, ladró dos veces, como avisando que había que tener más cuidado. El pobre perro habría cargado con él si pudiera.

–Siento que algunas vacas se hayan escapado, papá.

–No te preocupes por eso, hijo –dijo Winston, con voz ronca–. Comparadas contigo, esas vacas no me importan nada.

–Los chicos han conseguido encontrar a dos. Y las otras las encontraremos más tarde –intervino Bish.

–Llévate al rancho las que tengas. Ya hablaremos de las demás en otro momento. Pero me gustaría que alguien le dijera a mis padres lo que ha pasado.

–Casi es mejor que no se lo digas, Winston. Los pobres se van a llevar un susto de muerte –sugirió Danica.

–Si no se lo digo, me matan –suspiró él.

–Pero Jamesy está bien. No ha pasado nada. Bueno, nada demasiado grave.

–No sabe cómo me alegro, señorita –suspiró Bish, tomando el sombrero del suelo para intentar devolverle la forma–. Eres un jabato, ¿eh?

–Un jabato –asintió el niño, orgulloso. Aunque tenía los ojitos húmedos.

–Me marcho –dijo el hombre–. Voy a hablar con tus padres, pero les diré que su jabatillo está bien.

Winston se dirigía hacia la casa con su preciada carga en brazos. Quería disimular, pero en su rostro estaba dibujada la angustia.

–¿Qué hacías subido en la cerca?

–Es culpa mía –dijo Danica–. Le dije que fuera a buscarte para… para darte una explicación.

–¿Sobre qué? –preguntó él, sin mirarla.

–Digamos que el domingo iré a esa fiesta –sonrió ella, tocando su hombro–. De hecho, pienso quedarme por aquí durante algún tiempo.

–Me alegro –murmuró Winston. Pero seguía sin mirarla.

Michael sujetó la puerta de la cocina y Twig entró tras ellos, tan preocupado como todos los demás.

–Llévalo al sofá –dijo Danica–. Yo sacaré hielo del congelador.

–Voy a darle un analgésico, pero hay que llevarlo al hospital –intervino Mike–. Supongo que el más cercano es el de Rawlins, ¿no?

–¿Usted cree que hay que llevarlo al hospital?

–Tienen que hacerle una placa de rayos X. Solo tiene un esguince en la muñeca, pero con el tobillo no estoy tan seguro. Podría ser una fractura.

–Muy bien –asintió Winston–. Voy a buscar la furgoneta. Dani, ¿tienes un par de almohadones para que vaya cómodo durante el viaje?

–Sí, claro. Yo voy con vosotros.

–En ese caso, será mejor dejar una nota para mis padres.

–Yo lo haré.

Michael miró de uno a otro. Aparentemente, acababa de reconocer su derrota.

–Y yo voy a guardar la bolsa de viaje –dijo, suspirando–. Os seguiré con mi coche.

Después de darle un analgésico al niño, le sujetó la muñeca y el tobillo con gasas y esparadrapo.

Twig observaba todo el procedimiento con las patas apoyadas en la cama. El animal estaba pendiente de su pequeño amigo y cada vez que se quejaba, él lanzaba un aullido lastimero, como si también le doliese.

Danica escribió una nota para los Champlain y después sacó una manta y dos almohadas del armario para que Jamesy fuera cómodo.

Winston llegó poco después con la furgoneta y ella se encargó de preparar una especie de camita en la parte trasera.

Cuando salió con el niño en brazos, se quedó atónita al sentir la fuerza de aquel hombre. No la de sus brazos o sus piernas, sino la fuerza de su corazón. Del amor que sentía por su hijo.

Twig rompió el hechizo entrando de un salto en la furgoneta.

–¡Oye! ¡Baja de ahí, Twig!

–Deja que venga. Le hará compañía a Jamesy –sonrió Winston.

–Sí, Dani, deja que venga –le suplicó el niño.

«Dani». Era la primera vez que la llamaba así. Siempre la había llamado «señorita Lynch». El corazón de Danica dio un vuelco.

–De acuerdo –sonrió, revolviendo su pelo–. Ya sé que no quieres ir a ninguna parte sin tu peludo amigo. Además, si no lo dejamos subir a la furgoneta, nos seguiría corriendo hasta el hospital.

Jamesy alargó su mano buena y acarició la cara de Danica. Era un gesto tan cariñoso que se le hizo un nudo en la garganta. Solo un niño puede emocionar a un adulto de esa forma.

Winston colocó a Jamesy sobre la manta y cuando estuvo seguro de que iba cómodo, cerró la puerta. Twig iba tumbado a su lado, sin despegarse ni un segundo.

–¿Listos?

–Listos –contestó el niño.

Michael los seguía en su deportivo y, mientras Winston conducía a toda velocidad, Jamesy se quedó dormido. Las pastillas empezaban a hacer efecto.

–La verdad es que me alegro de que ese tipo estuviera por aquí.

–Es un buen pediatra –dijo Danica–. Un marido espantoso, pero un buen médico.

–Quiere que vuelvas con él.

–Michael siempre quiere lo que no puede tener. Y cuando lo consigue, no le interesa. Lo sé muy bien.

–¿Te gustaría que fuera de otra forma? –preguntó él en voz baja.

–Sería bueno para él, pero a mí ya no me incumbe. Michael vive su vida y yo, la mía.

–Anoche pensé que…

–Lo que él quería que pensaras –lo interrumpió Danica.

–Debería haberme quedado. Pero una vez insistí en conservar a una mujer y juré que no volvería a hacerlo. Aunque a veces… a veces hay que insistir. Cuando merece la pena.

Ella lo miró, esperanzada.

–No puedo prometer que merezca la pena –dijo, con sinceridad–. Sigo desconfiando de la gente. Últimamente, la vida no me ha ofrecido mucho y no esperaba estar aquí, ni física ni emocionalmente. Pero creo que quizá, solo quizá, mi corazón está aprendiendo a confiar en los demás.

Winston se movió en el asiento, incómodo.

–Me gustaría saber si… voy en la dirección correcta.

–Eso sí –sonrió Danica.

–Pues va a ser un viaje interesante. Y me alegro de ir acompañado.

Danica miró al niño, que dormía plácidamente, con su peludo protector al lado. De repente, Jamesy abrió los ojos y le regaló una sonrisa. Debía haber estado escuchando y, aunque no entendía bien de qué hablaban, parecía presentir que era algo bueno.

Danica le guiñó un ojo y el niño volvió a cerrar los suyos, con una sonrisa en los labios.

El servicio de urgencias de Rawlins estaba lleno de gente, como siempre, pero no podían quejarse del trato. Winston pidió que llamaran a su médico de cabecera y, media hora más tarde, el hombre apareció en la habitación.

El doctor Sheffield era un hombre simpático de unos cincuenta años, que además de médico debía ser vaquero porque llevaba sombrero y botas de montar.

–¡Qué suerte has tenido! Cuando yo me rompí la pierna de pequeño, la única fémina que había por allí era la vaca que me había pisado –le dijo a Jamesy, de broma–. Era una vaca muy guapa, pero no tan guapa como tu enfermera.

El niño soltó una carcajada.

–¡Dani no es una vaca!

–Si acaso, una ternera –rio ella.

–Por cierto, ¿no estarán ustedes pensando en abrir una clínica de pediatría en Rawlins? –preguntó el doctor Sheffield–. Nos vendría estupendamente.

–Me temo que no –contestó su ex marido–. Yo tengo una consulta en Dallas.

–Pero yo sí podría estar interesada en trabajar –dijo Danica–. Lo que pasa es que vivo a media hora de aquí.

Winston le pasó un brazo por los hombros.

–Vive en el rancho Thacker.

–¿Ah, sí?

–Dani es la hermana de la señora Thacker –explicó Jamesy, más animado–. Y nuestro perro está esperando en la furgoneta.

Sheffield miró a Winston, como esperando una explicación.

–Es que Dani y mi hijo lo comparten. Se llama Twig…

–Ah, ya sé qué perro es. El que le salvó la vida a Ned Thacker. Menudo perro tienes, chico –sonrió el doctor Sheffield–. Bueno, vamos a quitarte la ropa.

Después del reconocimiento, le pusieron una bata de hospital para llevarlo a la sala de rayos X.

Danica y Winston fueron con él, mientras Michael se quedaba charlando con el doctor Sheffield. Pero, como la exposición a los rayos está prohibida a menos que fuera necesaria, tuvieron que quedarse en el pasillo. Danica entendió entonces la angustia que sufren los padres. Solo tardaron cinco minutos pero, sabiendo que Jamesy estaba solito, le pareció una eternidad.

–¿Los señores Champlain? Pueden entrar a hacerle compañía al niño mientras compruebo si la placa ha salido bien –dijo el radiólogo.

–No somos… –empezó a decir Danica, pero Winston la interrumpió empujándola hacia la sala mientras murmuraba algo sobre «detalles» y «extraños».

El pobre Jamesy estaba tumbado sobre la fría mesa de metal, pero parecía tranquilo.

–Hola.

–¿Cómo estás, cielo? –le preguntó ella, cubriéndolo con una manta.

–Enseguida nos darán los resultados –dijo Winston.

El radiólogo volvió unos minutos después.

–Pueden marcharse.

Cuando vio las placas, el doctor Sheffield confirmó el diagnóstico de Michael. Jamesy tenía un esguince en la muñeca, pero había una pequeña fractura en el tobillo, de modo que había que escayolarlo.

–Si alguien puede ir a la farmacia para comprar analgésicos, podrán marcharse a casa en cuanto le pongan la escayola.

–Yo iré –se ofreció Danica.

–No, iré yo –dijo Winston. Quiero llamar a mis padres para decirles que su nieto está bien –añadió, mirando a Jamesy–. Te dejo en manos de la enfermera Dani. ¿Te parece bien?

–Muy bien –sonrió él niño.

–Enseguida vuelvo –dijo su padre, besándolo en la frente.

Cuando Winston salió de la habitación, Michael tomó su maletín.

–Yo también tengo que irme.

–Sí, claro.

–Isling y yo tendremos que buscar una enfermera. ¿No?

–Me parece que sí –contestó Danica–. Gracias, Michael. Gracias por intentarlo una vez más, pero sobre todo gracias por estar aquí precisamente hoy.

Después de darle un abrazo, su ex marido se despidió del doctor Sheffield y de Jamesy.

–Cuídate, vaquero.

Y entonces salió de la habitación. Y, Danica imaginaba, de su vida.

La sorprendió sentir cierta tristeza, pero cuando volvió a mirar al niño, se le olvidó por completo. Iban a ser vecinos durante algún tiempo. Vecinos, por lo menos.

Jamesy fue dormido durante todo el camino. Las pastillas y el cansancio lo habían dejado derrotado. Winston llevaba la radio encendida y tenía una expresión serena, casi contenta.

Sus padres habían insistido en encontrarse en casa de Danica, porque, según ellos, sería mejor para el niño dormir en casa de una enfermera. Además, así ella se ahorraría ir al rancho de los Champlain y tener que volver a su casa a esas horas.

De modo que Danica se encontró de nuevo mirando al niño mientras iban de vuelta al rancho. Los Champlain salieron al porche al oír la furgoneta, Madge con expresión angustiada.

–Está bien, mamá –dijo Winston, bajando de un salto–. Se ha quedado dormido.

–¡Gracias a Dios! –exclamó la mujer–. Vamos, entrad. He traído algo de cena. Imagino que estaréis muertos de hambre.

Danica se percató de que Buck se quedaba un poco atrás, secándose los ojos con la manga de la camisa.

–¿Te importa si Jamesy duerme aquí? –preguntó Winston–. No quiero molestar, pero…

–No me importa en absoluto. Si se despierta, le daré un analgésico –sonrió ella–. Y si tú también quieres quedarte a

dormir…

Winston se echó el sombrero hacia atrás.

–No sé –dijo, pensativo–. Bueno, vamos a meterlo en casa.

Danica asintió, preguntándose cómo iba a acomodarlos a los dos. Podrían dormir juntos en la cama y ella, en el sofá. Pero Jamesy estaría más cómodo durmiendo solo. Sería mejor poner a Jamesy en el sofá. Pero entonces… Su corazón empezó a latir con fuerza ante las posibilidades que ese arreglo ofrecía.

Pero sería mejor concentrarse en sacar al niño. Madge tomó la manta y las almohadas y las colocó en el sofá, nerviosa. Jamesy ni siquiera se despertó cuando su abuela le dio un beso.

–Es por los analgésicos –explicó Danica.

Buck quería saber todos los detalles, aunque había hablado con Bish, mientras Madge sacaba sándwiches de una bolsa y preparaba café, pidiéndole disculpas a Danica por meterse en su cocina.

–Por favor, no se disculpe. Mi casa es su casa.

–No sabes cuánto te agradezco que hayas cuidado de mi nieto.

–¿A mí? Yo no he hecho nada, Madge.

–Claro que sí. Has estado pendiente de mi Jamesy.

La mujer le dio un abrazo y Dani se sintió más contenta que nunca.

–Mi ex marido, Michael, estaba aquí. Y fue él quien se encargó del niño.

–Pues siento no haber tenido la oportunidad de darle las gracias.

–La tendrás –intervino Winston–. Va a enviarme la factura.

–¡Ese es Mike! –exclamó Danica, riendo.

Se sentaron a la mesa para cenar y estuvieron charlando hasta muy tarde. Una hora después, el niño se despertó, quejándose… porque tenía hambre.

Danica le dio otro analgésico mientras su abuela preparaba un plato de sándwiches y su abuelo lo abrazaba, diciéndole lo valiente que había sido.

Jamesy estaba encantado con tanta atención y les contó detalles del accidente. Por lo visto, se había resbalado en la cerca y Twig saltó tras él para evitar que el ganado lo pisoteara. Sin duda, aquel precioso perro le había salvado la vida.

–¿Dónde está, por cierto? –preguntó Danica.

En ese momento, Twig asomó la cabezota por debajo del sofá.

–¡Ah, ahí está! –exclamó Madge–. No quiere separarse de mi nieto.

–Este perro es increíble.

–Mañana voy a comprarte el hueso más grande que encuentre –le dijo Winston.

Twig recibió la noticia con un ladrido.

–¡Y galletas! –exclamó el niño.

Poco después, volvió a quedarse quedarse dormido y sus abuelos intercambiaron una mirada.

–Supongo que te quedas a dormir aquí, Winston.

Él miró a Danica.

–Sí, yo creo que sí. Por si Jamesy se despierta…

La mujer sonrió, comprensiva.

–Vámonos, Buck. Es muy tarde y debes estar agotado.

Los dos se inclinaron para besar al niño antes de salir del salón. Su hijo los acompañó hasta la puerta mientras Danica se encargaba de comprobar que Jamesy estaba cómodo.

Cuando se incorporó, Winston estaba a su lado, mirándola con intensidad. Después, le hizo un gesto para que lo siguiera a la cocina.

–No sé qué habría hecho sin ti.

Ella se encogió de hombros, sintiéndose absurdamente tímida.

–Me alegro de haber podido ayudar.

Él se acercó entonces y Danica estuvo segura de que iba a besarla hasta dejarla sin sentido. Pero no lo hizo.

–Solo hay una cama.

–Lo sé.

Durante un segundo, Winston la miró como esperando que fuera ella quien hiciera la proposición que ambos esperaban. Pero Danica no se atrevió.

–Yo dormiré en el sillón. Así, estaré cerca de Jamesy.

–No hace falta… –empezó a decir ella. Pero después, se echó atrás–. Yo puedo dormir en el sillón.

–De eso nada. Tú, a tu cama.

–No me importa, de verdad.

–No.

–De acuerdo. Te daré una manta.

–¿Te importa si antes voy al cuarto de baño?

–Claro que no.

Cuando salió, la manta estaba colocada en el sillón y Danica había apagado las luces.

–Dentro de tres horas hay que darle otro analgésico.

–Muy bien.

–Bueno… me voy a dormir. Buenas noches –se despidió ella.

–Hasta mañana.

Con la puerta cerrada, Danica empezó a pensar en el niño y en el hombre que, cada uno a su manera, se habían metido en su corazón.

Capítulo 10

A WINSTON se le cayó la cuchara que tenía en la mano y el contenido le manchó el pantalón.

–¡Maldita sea!

–¿Qué ocurre?

Cuando se volvió, Danica estaba en la puerta de la cocina, con un pijama de franela.

–¿Qué hora es?

–Las cuarto y media –contestó él, inclinándose para limpiar la mancha.

–¿Cómo está Jamesy?

–Le duele mucho el tobillo –dijo Winston, nervioso–. Me quedé dormido cuando debería haberle dado la primera pastilla y se ha despertado hace un rato, llorando de dolor.

–Pobrecito.

–No ha podido tomarse la pastilla porque tiene la garganta seca, así que la aplasté. Pero ni así. Ahora estaba intentando disolverla.

Danica abrió un armario.

–Vamos a intentarlo con miel.

Winston aplastó otra pastilla y ella mezcló el polvo con una cucharada de miel.

–¿Tú crees que así se la tomará?

–Espero que sí. Dame un vaso de agua.

Él obedeció y Danica le echó unas gotas de limón.

–Ah, qué buena idea.

–Soy enfermera, querido –sonrió la guapa enfermera.

Jamesy aceptó la cucharada de miel, pero cuando notó el sabor amargo de la pastilla y puso cara de asco Danica le dio el vaso de agua con limón. Estrategia perfecta. Se la tomó de un trago.

El corazón de Winston se encogió. Se sentía como un inútil. Y para hacer que se sintiera peor, Danica se sentó en el suelo y empezó a acariciar el pelo del niño, algo que Jamesy jamás le permitiría hacer a él.

–Siento haberte despertado –le dijo, cuando el niño volvió a cerrar los ojos–. Pero me alegro de que tú hayas podido darle la pastilla.

–Las pastillas siempre son un problema para los niños. Pero llevan la dosis justa y, por lo tanto, alivian cualquier dolor. Desgraciadamente, no siempre pasan tan bien como uno quisiera.

–Si no me hubiera quedado dormido, el pobre no habría tenido que despertarse llorando –murmuró Winston, angustiado–. Debería haber puesto la alarma del reloj, pero no pensé que iba a dormirme.

–No te preocupes. Ya se ha dormido él también –sonrió Danica.

–¿Puedo ir al cuarto de baño? –preguntó Jamesy entonces.

–Ah, parece que nuestro amiguito está despierto.

–Yo te llevaré –dijo Winston.

Afortunadamente, esa era un servicio que solo su padre podía hacer.

Después de llevarlo al baño, volvió a colocarlo en el sofá y unos minutos después, cuando la pastilla empezó a hacer efecto, Jamesy estaba completamente dormido. Aquella vez, de verdad.

Winston se sentó en el sillón y escondió la cara entre las manos. Se sentía tan agitado como un ternero recién nacido.

Danica le puso una mano en el brazo y, aunque se había prometido a sí mismo ir despacio y no asustarla de nuevo, en aquel momento lo único que necesitaba era un abrazo suyo.

Turbado, rodeó la cintura femenina con los brazos, enterrando la cara en su vientre. Olía a mujer… y estaba tan calentita. Pero qué fácil sería querer más. Para ella también, aparentemente, porque estaba acariciando su pelo como había acariciado el de Jamesy.

–Ven conmigo –dijo Dani entonces–. Tienes que descansar. Jamesy no volverá a despertarse, te lo aseguro.

Winston respiró profundamente para llenarse de su olor. Y, en ese momento, el deseo de abrazarla se convirtió en algo completamente distinto.

–Dani…

Sin abrir los ojos, acarició sus pechos con la cara. De esa forma, le decía que si se iba a la cama con ella, no sería solo para descansar.

Danica lo tomó de la mano.

–Vamos.

Ella lo llevó de la mano hasta el pasillo, pero cuando estaban a punto de entrar en el dormitorio, Winston la detuvo.

Quería estar seguro del todo.

Tomando su cara entre las manos, la miró a los ojos en la semioscuridad, esperando. Pero Dani se puso de puntillas para buscar sus labios y entonces no pudo esperar más. La apretó contra la pared y se aplastó contra el suave cuerpo femenino. La forma de sus pechos bajo la camisa del pijama lo inflamaba y empezó a acariciarlos por encima de la tela, mientras buscaba su boca con desesperación. Ella enredó los brazos alrededor de su cuello, devolviéndole el beso con el mismo ardor.

Descalza, le pasó una pierna alrededor del muslo, acariciándolo con los dedos del pie. Instintivamente, Winston la levantó sujetando sus nalgas para que sintiera la fuerza de su deseo, y Dani respondió enredando las dos piernas alrededor de su cintura.

Solo saber que su hijo dormía a unos metros de ellos lo impidió lanzar un grito de triunfo.

Tenía que poner distancia, se dijo. Al menos un poco de distancia, o la tomaría allí mismo. Se apartó de la pared y sujetándola por la cintura, entró en el dormitorio. Ella cerró la puerta mientras Winston buscaba la cama en la oscuridad. Cuando se sentó en el borde, Danica lo empujó sobre la colcha y se colocó encima. Mientras lo besaba, dejándolo sin aliento, él metía la mano por debajo de la camisa del pijama hasta que, por fin, encontró su piel, suave y deliciosamente femenina.

Winston quería explorar cada centímetro.

Parecía una mujer muy fuerte, pero él podía abarcar su cintura con las dos manos. Lo que llamaba su atención en aquel momento eran sus pechos y para poder acariciarlos a placer, se puso de costado.

Entonces pudo levantar el pijama y disfrutar visualmente de aquella hermosa piel. Con desgana, abandonó su boca y la tumbó de espaldas para poder admirarla a la luz de la luna, que entraba por la ventana. Aquella piel tan blanca y frágil lo conmovía. Y cuando, con manos temblorosas, pudo levantar más la camisa para descubrir sus pechos, tuvo que ahogar un gemido.

Había visto pechos perfectos, sobre todo en las revistas masculinas; pero eran pechos operados y retocados hasta el infinito,

pechos de mentira, no de verdad. Y, por lo tanto, no emocionaban a nadie.

Nada ni nadie había evocado en él aquel sentimiento de deseo y veneración. Aquella no era cualquier mujer. Era Danica. Dani. Pero, ¿era su Dani? De repente, la respuesta a esa pregunta era muy importante. Con ella, el sexo no era suficiente.

Winston tragó saliva, buscando alguna semblanza de naturalidad.

–Necesito saber qué está pasando, Dani. Necesito saber lo que sientes.

–¿Qué siento? –repitió ella, acariciando su torso–. Siento que te deseo.

Él agradecía esas palabras, pero no eran suficiente. Lentamente, le bajó la camisa y se sentó a su lado.

–Quiero que sepas lo que yo siento. Y lo que pienso –le dijo, con el corazón acelerado–. Siento que te quiero. Y pienso que hacer el amor contigo, por mucho que lo desee, no es suficiente.

Durante unos segundos, Danica no reaccionó. Era como una estatua. Pero después se sentó a su lado, suspirando.

–Tengo que preguntarte una cosa. Quizá debería haber preguntado antes, pero me parecía tan desleal, tan crudo… –murmuró, apartándose el pelo de la cara–. Al principio, estaba tan destrozada por haberla perdido que no podía pensar en nada más. Me sentía culpable.

–Estamos hablando de Dorinda, ¿verdad? –preguntó Winston, tomando su mano.

–Sí.

–¿Por qué te sentías culpable?

–Yo conducía cuando tuvimos el accidente.

–¿Y fue culpa tuya?

–No. Se nos echó encima un camión y yo no pude hacer nada –contestó Danica, ahogando un sollozo–. No pude hacer nada.

–Entonces, no es culpa tuya, cariño.

–Sí, pero yo la convencí para que viniéramos al rancho. Quería que lo vendiera y, sobre todo, quería que rompiese sus lazos contigo.

–¿Conmigo? –preguntó Winston, sorprendido–. No te entiendo.

–Teníais una relación…

–¿Qué relación?

Danica cerró los ojos.

–¿No tuviste una relación con mi hermana?

–¿Una relación amorosa?

–Sí.

Winston se pasó la mano por el pelo, perplejo.

–Dani, tu hermana me caía bien… Sentí mucho lo que le pasó con su marido, pero entre nosotros no había ninguna relación. Nunca habría podido haberla.

–¿Por qué no?

Él cerró los ojos. Esa era una pregunta a la que no quería contestar.

–Digamos que las cosas negativas de su personalidad… pesaban más que las positivas. ¿De acuerdo?

Danica negó con la cabeza.

–Dori estaba loca por ti, Winston. Y ahora, soy yo quien está contigo.

–¿Y por eso te sientes culpable?

–No puedo evitarlo.

–Cariño, tu hermana era una mujer muy guapa, pero tú eres más de mi gusto. Se supone que erais idénticas, pero mientras tú eres una persona dulce y seria, Dorinda era atrevida y… un poco descarada. Nunca la habría elegido a ella.

–Necesito que me digas por qué mi hermana hablaba tanto de ti. Y necesito que me digas la verdad.

Winston dejó escapar un suspiro. No le gustaba hablar de aquello, pero sabía que no tenía alternativa.

–Fue antes del arresto de Bud, antes de que nadie imaginara que estaba robando ganado. Solían ir a cenar a casa y Dorinda se llevaba bien con mi madre. Durante algunos meses, parecía que nos encontrábamos en todas partes. Siempre a solas y, la verdad, eso me hacía sentir incómodo. Dorinda estaba casada y algunos de esos encuentros parecían orquestados por ella.

–¿Y qué pasó?

–Un día entré en el establo y allí estaba ella, esperándome. De repente, se me echó encima, diciendo que había cometido un error con Bud, que no estaba enamorada de él. Y que quería estar conmigo. Yo me quedé tan sorprendido que solo pude apartarla.

–¿Qué dijo mi hermana?

–Siguió insistiendo en que estábamos hechos el uno para el otro. Pero cuando le dije que nunca me acostaría con una mujer casada, se echó a llorar. Yo había tenido que soportar que mi mujer me abandonase porque… prefería irse de fiesta y, créeme, es algo muy humillante –le confesó él, apartando la mirada–. Dorinda me preguntó entonces si estaría interesado en ella si no estuviera casada y yo… le dije que era una mujer preciosa a la que pocos hombres podrían resistirse. Eso pareció satisfacerla. Y entonces se marchó.

–Pobre Dori –murmuró Danica.

–No quería hacerle daño, pero me dejó tan cortado que incluso pensé marcharme unas semanas a casa de mis tíos en Jackson Hole para no encontrarme con ella. Pero antes de que me decidiera, pillaron a Bud con las manos en la masa… o más bien, en la vaca –dijo Winston entonces, para hacerla reír.

Y lo consiguió, afortunadamente.

–Tonto.

–Dori estaba tan liada con los papeles legales y los abogados que no podía pensar en otra cosa –siguió él–. Yo la evité todo lo que pude, pero sabía que si volvía a hacerme proposiciones, tendría que decirle la verdad, que no me gustaba y que nunca podría haber nada entre ella y yo. Cuando se marchó a Dallas, la verdad es que me sentí aliviado.

Danica dejó escapar un suspiro.

–Cuando llegó a casa, no hacía más que hablar de ti. Además de poner verde a Bud porque había destrozado su vida, solo hablaba de un tal Winston Champlain. Me hizo creer que teníais una relación, que la habíais tenido incluso estando casada. Y que cuando volviera aquí, sería para estar contigo. Yo me alarmé, porque un hombre que se acuesta con una mujer casada, no es de fiar.

–Estoy de acuerdo –dijo Winston.

–Pero entonces yo no lo sabía. Cuando la convencí para que vendiera el rancho y se mudara a mi apartamento… ocurrió el accidente.

–Y después de su muerte, no te atrevías a cuestionar su versión.

–No había razón para hacerlo –suspiró ella–. Hasta que llegó un vaquero altísimo y lo puso todo patas arriba.

–¿Y ahora? –preguntó Winston, acariciando su pelo.

–Ahora me siento triste y feliz al mismo tiempo. Triste porque mi hermana no era la persona que debería haber sido, que había sido de pequeña. Y feliz porque tú eres mucho más de lo que había esperado. Más de lo que habría imaginado nunca. Sobre todo después de haber estado casada con Michael.

–¿Eso significa que hay un futuro para nosotros?

–Si no creyera que hay un futuro, no estaría en esta cama, deseando hacer el amor contigo.

–Para consolarme –dijo Winston entonces.

Danica lo miró, sorprendida.

–Sí, en parte sí. Me importas mucho y me duele todo lo que te duele.

–Pero eso es todo, ¿verdad?

–Creo que es demasiado pronto como para estar segura. Creo que… aún no he aprendido a confiarle mi corazón a nadie. Pero deseo hacerlo. No imaginas cómo deseo hacerlo.

Winston respiró profundamente.

–Entonces, esperaremos –dijo, con firmeza–. Y cuando estés preparada, lo intentaremos otra vez. Pero ese día, te pediré que te cases conmigo.

–Y yo sospecho que diré que sí –susurró Dani.

Él tomó su cara entre las manos y, en silencio, le prometió que haría todo lo posible para probarle que era el hombre de su vida. Después, colocó la almohada y se tumbó en la cama.

–Creo que ahora puedo dormir.

Danica apoyó la cara en su hombro, contenta.

–Y yo creo que ahora puedo vivir otra vez. Francamente, hasta hace poco lo dudaba.

–No tengas dudas –murmuró Winston, cerrando los ojos–. No puede haber dudas para ninguno de los dos.

Sonriendo, ambos dejaron que el sueño los venciera.

Danica supervisaba la mesa del día de Acción de Gracias, maravillándose de que las patas no se rompieran bajo el peso de toda aquella comida.

La hermana de Madge Champlain, Helen, y su marido habían

ido a pasar el día desde Jackson Hole. Helen y Madge eran muy buenas cocineras. Y las dos igual de exageradas. Allí había comida no para uno, sino para dos regimientos.

Y tampoco podía creer lo bien que se estaba en aquella casa, a pesar del viento que soplaba con fuerza en el valle. Afortunadamente, la nieve que llevaba semanas cayendo sobre el rancho, se había derretido.

Sin embargo, allí estaba ella, una más entre los siete, como en casa en aquel recio paisaje, con su gente y con la nueva vida que había encontrado entre ellos.

Al final, se habían asociado. Winston y sus hombres habían tirado algunas cercas y construido otras para facilitar el paso del ganado y Danica estaba aprendiendo todo lo que podía sobre la vida en un rancho.

Eso y la nueva clínica que el doctor Sheffield había abierto y en la que ella era la enfermera jefe cuatro días a la semana, la mantenía ocupada. Pero siempre tenía tiempo para estar con Winston, con Jamesy y con sus abuelos. El destino le robó a su hermana, pero la vida le había hecho otro regalo.

–Helen, dile a esos hombres que tienen que lavarse las manos –dijo Madge, mientras cortaba pepinillos y los colocaba cuidadosamente en un plato, en forma de flor.

Su hermana fue a dar un par de gritos al salón y Danica ofreció su ayuda a la señora Champlain.

–Puedes cortar el pan.

–Muy bien.

–¿No es agradable tener una cena familiar?

–Es maravilloso. Francamente, envidio a su familia.

Madge dejó el cuchillo sobre la repisa y se volvió para mirarla.

–¡Pues hazte de la familia de una vez! Mi hijo te quiere, Dani. Eso está claro.

–Yo también lo quiero –dijo ella entonces–. Pero no es tan fácil.

–¿Vas a casarte con mi padre? –preguntó Jamesy entonces, entrando en la cocina. Unos días antes le habían quitado la escayola y el esguince de la muñeca se curó mucho tiempo atrás.

–Pues… eso espero –contestó Danica–. No estoy segura.

–¿Y qué tengo que hacer para que estés segura? –escuchó una voz tras ella.

Dani se dio la vuelta y se chocó contra Winston, que estaba mirándola con sus preciosos ojos grises. ¡Cuánto lo amaba!

Los meses anteriores habían sido los más dulces y los más frustrantes de su vida. Aquel hombre hacía que se derritiera con un simple roce… y la rozaba mucho.

Pero Winston había mantenido su promesa de no hacer el amor hasta que estuvieran casados. Y, mientras tanto, ella se ponía mala cada vez que se besaban.

Pero había llegado el momento.

No podía estar sin él. No quería estar sin él ni un día más. Y quizá aquella noche, con toda la familia alrededor…

Deliberadamente, Danica se cruzó de brazos.

–No estaría mal que alguien me hiciera la pregunta que debe hacerme.

–Ah –murmuró él–. ¿Y cuál es esa pregunta?

–¡Lo sabes perfectamente!

Winston tiró de su brazo y la aplastó contra su pecho.

–¿Quieres casarte conmigo, Dani?

Jamesy empezó a dar saltos y, en ese momento Twig, el octavo pasajero, apareció en la cocina moviendo la cola.

Danica miraba los ojos del hombre, buscando en ellos una promesa de amor eterno.

–Sí –contestó por fin.

Nunca había estado más segura de algo en toda su vida.

Winston la besó antes de que pudiera terminar de pronunciar el monosílabo y toda la familia empezó a aplaudir.

Y, por supuesto, Twig dio un par de ladridos de aprobación.

–¡Ya era hora! –exclamó su futuro marido–. Elige un día.

–Podríamos celebrar aquí la boda –sugirió Madge–. Helen, tú podrías ayudarme a decorar la casa y… ¡podríamos celebrarla el día de Navidad!

–Eso haría que la Navidad fuera una fiesta realmente familiar para los Champlain –rio Winston.

–Sí, pero ¿dónde vamos a vivir nosotros? –preguntó Buck, preocupado–. Tu madre y yo queríamos marcharnos de aquí cuando te casaras, pero con tan poco tiempo…

–Podríamos vivir en casa de Dani –sugirió Madge entonces–. Pero solo hasta que hayamos construido otra vivienda.

–¡De eso nada! –exclamó ella–. No quiero que se vayan de aquí. Esta es su casa.

–Nosotros construiremos una casa nueva –dijo Winston.

–No –insistió Danica–. Viviremos aquí.

–¡Yupi! –exclamó Jamesy.

–Acabo de ganar una familia, ¿por qué voy a perderla? Esta casa es muy grande y si necesitamos más espacio… –dijo ella entonces, mirando a su futuro marido con intención– la ampliaremos.

–¿Eso significa que voy a tener un hermano? –preguntó Jamesy, que no se perdía una.

–O una hermana –dijo Buck.

–Yo prefiero un hermano –protestó el niño.

–No siempre se puede elegir –sonrió Madge.

–Entonces, decidido. Viviremos todos aquí.

–Te quiero –dijo Winston entonces en voz baja–. Cada día más.

–Pues ya que estamos, yo quiero un comedor nuevo –dijo Madge–. Si la familia aumenta, también tiene que aumentar la mesa. Y esta se ha quedado pequeña.

–Hecho –anunció Buck–. Y ahora que está todo decidido, ¿a qué esperamos? El pavo está en su punto.

–Buck Champlain –lo regañó su mujer–. Un momento tan emotivo como éste y tú solo puedes pensar en tu estómago…

–No es eso. Es que hoy es el día de Acción de Gracias y tenemos muchas cosas que agradecer. Incluida la comida –replicó Buck–. ¿Estás de acuerdo, hija?

Pero Dani no podía contestar porque tenía un nudo en la garganta.

Unos minutos después, todos estaban sentados alrededor de la mesa con la cabeza inclinada mientras Buck rezaba una oración.

Y Danica recordaba entonces los años que había vivido sola, pensando que jamás amaría a nadie, que jamás nadie volvería a amarla. Que después de perder a su hermana, había perdido a toda su familia.

Ese dolor siempre estaría en su corazón, pero podía calmarlo con el amor que Winston le ofrecía.

Cerrando los ojos, dio las gracias a Dios y a su imperfecta pero querida hermana, por mostrarle sin darse cuenta el camino hacia el amor y la felicidad.